

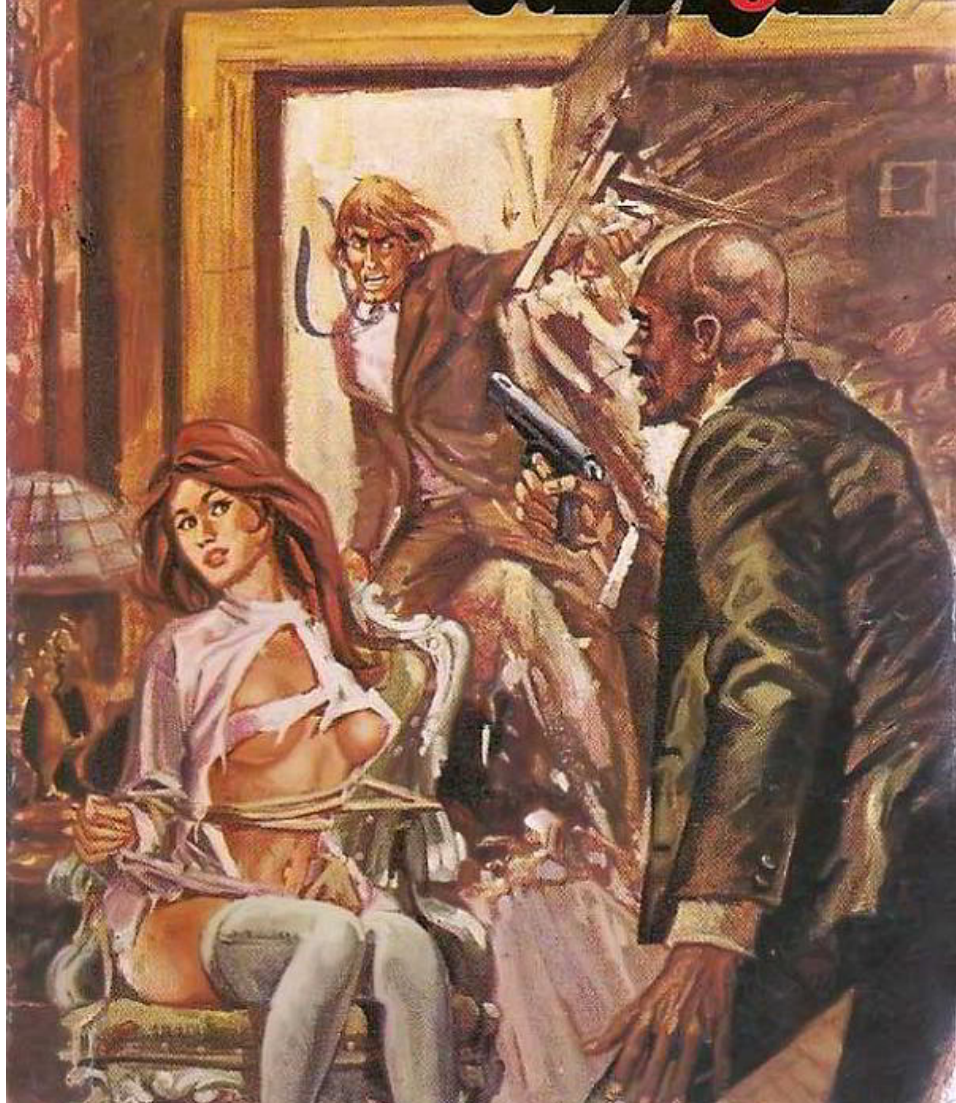
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

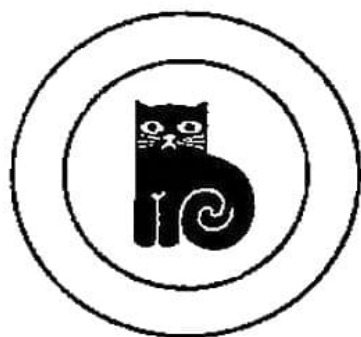
UNA FLOR COMO CARNADA

***Lou
Carrigan***





**SERVICIO
SECRETO**



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección LA HUELLA:
140 — Tempestad en un vaso de agua.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
615 — Soplo de muerte.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:
265 — Sekreten Polizeiken.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
550 — El hombre que mató a Killer Kennedy.
- En Colección PUNTO ROJO:
1.066 — Trofeos privados.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.679 — Doble o nada.
- En Colección KANSAS:
1.250 — Esta bala es para ti.
- En Colección CALIFORNIA:
1.342 — Morir y dejar morir.
- En Colección COLORADO:
1.299 — Corazón de oro.

LOU CARRIGAN

UNA FLOR COMO CARNADA

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.681
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 30.547-1982

Impreso en España · Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1982

2.ª edición en América: mayo, 1983

© Lou Carrigan · 1982

texto

© García · 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o ac-
tuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

A pesar de las evidencias, Gordon Kerringer todavía no terminaba de creérselo.

Lo que no terminaba de creerse era que le hubieran dado por fin las vacaciones tanto tiempo postergadas. Las evidencias era que *estaba* de vacaciones.

A ver si no: se había instalado en uno de los mejores hoteles de Miami Beach tres días antes, dormía todo lo que le daba la gana, no había recibido ni una sola llamada telefónica ni mensaje de ninguna clase, no corría el menor peligro, nadie le importunaba por ningún motivo, se estaba hinchando de tomar el sol y de tanto nadar, y tenía a su alcance por lo menos dos docenas de pichones, entiéndase bellas muchachas.

¿Esto no es estar de vacaciones?

O sea, que estaba de vacaciones. Vivir para creer.

Precisamente en aquel momento Gordon estaba cambiando miraditas y sonrisas con dos chicas, dos, a cuál más guapa. Una era morena, la otra pelirroja. Podía elegir: pito, pito, colorito, dónde vas tú tan bonito... La abundancia mata el hambre, según se dice, pero no en cuestión de chicas. En este sentido Gordon Kerringer tenía un lema al que se aferraba desde hacía mucho tiempo: vale más que sobren a que falten. ¿Dos? Pues dos. ¿Seis? Pues seis. Cualquier alternativa era mejor que ninguna chica.

Y si no, que se lo preguntasen a los sultanes, califas, jeques y demás tipos listos de éstos. Mujeres, vengan mujeres, muchas mujeres... Y si no, hagamos cuentas. Supongamos que un tipo se enriquece de pronto. ¿Qué es lo primero que hace? Pues montarse un serrallo por todo lo alto. Supongamos que un tipo alcanza el poder. ¿Qué es lo primero que hace? Pues arreglárselas para

acostarse con las tías más buenas del mundo. Supongamos que un tipo es famoso y admirado. ¿Qué es lo primero que hace? Pues ligarse a las chicas más despampanantes del universo mundo.

Porque todo lo demás, o sea, comer y beber, está al alcance de cualquiera. Bueno, casi de cualquiera, que todavía queda gente en el mundo que se come las uñas o puñados de tierra. Pero ése era otro cantar en el que Gordon Kerringer no tenía voz ni voto. ¿Acaso podía arreglar el mundo él solito? No, ¿verdad? Pues mala suerte, hermano, y que cada uno baile con la suya.

Pero no vayamos a confundirnos con Gordon Kerringer, nada de pensar que era un gilipollas egoísta o algo parecido. A buen seguro ninguno de los sujetos barrigones que había en la playa habría querido cambiarse por Gordon Kerringer en cuanto supieran a qué se dedicaba éste habitualmente. Ni en sueños. Ni locos, vamos.

¿Que a qué se dedicaba Gordon Kerringer habitualmente? Pues, al espionaje. Agente de la CIA., para resumir. Con una sola de las aventuras de Gordon cualquiera de aquellos tipos barrigones habrían tenido más que suficiente para ingresar en el hospital víctimas de un infarto de miocardio. Por ejemplo, aquella vez que...

Alto aquí. Estaba de vacaciones, ¿no es así? Pues eso.

Volvamos a la morena y la pelirroja. La morena parecía más cachonda, ésa era la verdad, pero la pelirroja tenía unas piernas y un busto que mataba de alegría. Pero las cosas hay que valorarlas adecuadamente. A ver, ¿qué es mejor, mucha carne sin sal o un buen bistec adecuadamente condimentado? Pues el bistec, hombre, el bistec. Siempre. O sea, mejor la calidad que la cantidad.

Nada, decidido: la morena...

Entonces apareció el sujeto. Algo digno de verse.

Más bien bajito, de carnes blancas, escaso vello corporal, con su oronda tripita de ejecutivo o así, y además, ¡oh, cielos!, se había metido dentro de unos «Bermudas» que le sentaban como cien cañonazos en el vientre. O sea, fatal. Más cosas en su contra: llevaba una gorrita de esas que se ponen los jugadores de *baseball*, lentes de sol, y una revista de chicas. Sin duda alguna, era el mejor chiste del día.

Pero Gordon Kerringer no rió al verlo. Ni siquiera sonrió. Lo que hizo fue cerrar los ojos un instante, y gemir:

—¡Oh, no!

Acto seguido, como quien quiere desaparecer del mundo, Gordon corrió hacia la playa, y se zambulló en las espumosas olas. Estuvo allá retozando un rato, mirando de cuando en cuando hacia donde había dejado su toalla. Finalmente, se dio por vencido, y regresó. Pero como si no viera al sujeto que se había sentado en la arena junto a su toalla. Nada él como si no lo viera.

—Hola, Kerringer —saludó el sujeto.

Kerringer lo miró «sorprendidísimo».

—¿Decía usted algo, señora? —inquirió amablemente.

El sujeto sonrió beatíficamente.

—No soy una señora; soy un caballero.

—¡Huy, perdone! Con este sol...

—Siéntate. Y nada de coñas, ¿de acuerdo?

—Estoy de vacaciones.

—*Estabas* de vacaciones.

—Maldita sea mi estampa.

—Te lo diré más claro —informó el sujeto cuando Kerringer se hubo sentado sobre la toalla—: lo de enviarte aquí de vacaciones fue una jugada previa al trabajo que te teníamos preparado. Conviene que, en efecto, todos crean que Kerringer está de vacaciones. Pero lo cierto es que te enviamos aquí como primera etapa de tu viaje.

—¿Adónde?

—A Haití.

—¡Hombre, eso no está nada mal! Las hermosas playas de coral, las chicas con flores en la cabeza, la música de...

—He dicho Haití, no Tahiti.

—Ya me parecía a mí —gruñó Kerringer, encendiendo un cigarrillo—. De todos modos, el Caribe tampoco está mal. Haití, ¿eh? Bueno, pues para que lo sepa: allá hablan francés, y yo no hablo francés.

—Hablas francés —gruñó ahora el otro—. No me cabrees, Kerringer. La cosa es seria.

—De acuerdo.

—Te he traído una revista —el inoportuno gordito se la tendió—. Mira en la página dieciocho.

—¿Es donde está la tía más buena?

—Página dieciocho.

Gordon Kerringer abrió la revista, localizó la página dieciocho, y allá, entre ésta y la siguiente vio la fotografía de la chica. No era una fotografía inserta en la revista, sino suelta. Una foto de buen tamaño, a todo color. Eso sí, era de una chica. Y todo lo que dijo Kerringer al verla fue:

—Dios mío...

—Se llama Sharon Varney. Es de los nuestros. Una agente muy bien entrenada. ¿Vista?

—¿Eh?

—Que si ya la has visto bien.

—Dios mío... ¿Existe esta chica, jefe?

—Página treinta y dos.

Kerringer suspiró, y pasó a la página mencionada. Decepción. Allá había otra foto, pero no de la preciosidad de la página dieciocho, sino de un hombre. Cuarenta años, moreno, bigotudo, ojos oscuros, aceptablemente atractivo.

—Visto —murmuró Kerringer.

—Página cincuenta y cuatro.

Página cincuenta y cuatro... Otra foto de otro tipo. Unos cincuenta años, interesante con sus aladares grises, facciones aristocráticas, elegantísima barbita entrecana.

—Visto.

—El sujeto que estás viendo ahora se llama Fernand Magritte. El otro, el más joven, se llama André Lebel. Fernand Magritte es un personaje que nos interesa mucho: la C.I.A., y quiero decir Estados Unidos, espera mucho de él en el futuro. El otro es un agente de los rusos en Haití. Sigue hojeando la revista mientras me escuchas.

—Eso me gusta. De modo que a usted también le gustan las nenas, ¿eh?

—La C.I.A. tiene en proyecto colocar a Fernand Magritte en la presidencia de Haití dentro de unos años. A cambio de ello, de la ayuda nuestra para escalar ese puesto de poder, Magritte ha aceptado que entonces, durante su mandato, instalemos bases completas en Haití. Bases completas quiere decir con dotación de proyectiles nucleares incluidos.

—No me diga.

—Como es natural, los rusos van a luchar contra eso con uñas y dientes..., si llegan a enterarse, claro.

Kerringer miró sorprendido a su jefe.

—Se enterarán —dijo secamente.

—Tal vez. Pero, si nosotros hacemos bien las cosas, cuando ellos se enteren ya no podrán hacer nada por impedirlo. A menos, claro está, que Fernand Magritte, como André Lebel, sea un agente ruso.

—¿Existe esa posibilidad? —Respingó Kerringer.

—Sí.

—Bueno, en ese caso me parece una temeridad el simple hecho de tener relaciones de cierto nivel con Magritte, francamente.

—Es un hombre que nos interesa muchísimo. En la actualidad es un político haitiano de segunda fila, pero dentro de unos pocos años, con nuestro apoyo, podría alcanzar los más altos puestos, que incluyen la presidencia de ese país. Sólo hay que promocionarlo adecuadamente..., si vale la pena.

—Pero el riesgo de que esté del lado de los rusos...

—Hemos ideado algo para asegurarnos de esa cuestión. Vamos a enviar a Sharon Varney a Haití, con un interesante microfilme que ella debe entregar a nuestro residente jefe allá. Y los rusos saben eso.

Gordon Kerringer entornó los párpados.

—Me parece que no comprendo bien eso —murmuró.

—Veamos... Nosotros hemos confeccionado un microfilme con instrucciones para nuestra sección de Haití. Entre esas instrucciones hay algunas que van destinadas a André Lebel, es decir, al agente ruso de Haití. Tal como se explican las cosas en ese microfilme cualquiera que lo consiga y lo descifre, cosa que no es nada complicada para nuestros colegas rusos, comprenderá que André Lebel es un agente doble que, aparentando trabajar para los rusos, está trabajando en realidad para la C.I.A.. Ahora bien, lo que los rusos creerán que transporta nuestra encantadora Sharon Varney es una serie de recomendaciones a nuestro residente jefe en Haití para entrevistarse con un alto político de Haití cuyo nombre no se menciona... más que en clave.

—Es decir, que podrían saber quién es.

—Podrían —sonrió el jefe—, si en este punto la clave no fuese absolutamente hermética. Pero, en fin, los rusos, avisados por su agente de Washington, querrán quitarle el microfilme a Sharon Varney para enterarse del nombre de ese haitiano amigo nuestro y

de otras cosas, claro. En cambio, de lo que se enterarán será de que André Lebel les está traicionando a favor nuestro.

—Lo cual es mentira.

—Es mentira, pero los rusos lo creerán, porque todo se va a hacer muy bien, con datos que acusarán a André Lebel. Nosotros hemos preparado esto a la perfección, utilizando a un traidor en la C.I.A. que ha pasado ya la información a los agentes rusos de Washington.

—De modo que tenemos un traidor... al que estamos utilizando.

—Cosas del juego. A veces es útil tener un traidor.

—Es decir, que si los rusos le quitan el microfilme a la señorita Varney se cargarán a André Lebel convencidos de que éste les está traicionando.

—Sí.

—Me parece una buena jugada —sonrió fríamente Kerringer—. Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con Fernand Magritte?

—Fernand Magritte sabe que va a salir de Washington una agente de la C.I.A. transportando instrucciones a los nuestros para iniciar en serio las negociaciones preliminares con él. Y sabe también que lo primero que se le facilitará será una lista de personas cercanas a él de las que deberá desconfiar en el futuro...

—Un momento, perdone —frunció el ceño Kerringer—. Si Magritte sabe que se le va a facilitar la información que contiene el microfilme, y es amigo de los rusos en realidad, los rusos no tienen por qué complicarse la vida quitándole el microfilme a Sharon Varney: sólo tienen que esperar a que Magritte se entere del contenido del microfilme y les pase la inform...

—Sigue —sonrió el jefe de Kerringer.

—¡Maldita sea!

—Observo que ya lo has entendido. Ésa es la trampa, precisamente... Los rusos, alertados por nuestro traidor de Washington, saben que Sharon Varney va a Haití con un microfilme interesantísimo. Si, en efecto, Magritte está de su parte, no harán nada, dejarán que Sharon llegue a Haití, y esperarán a que Magritte les pase la información una vez enterado del contenido del microfilme. Si, por el contrario, Magritte no tiene relaciones con los rusos, éstos sólo podrán conseguir el microfilme quitandoselo a Sharon Varney. Es decir: si los rusos no atacan a Sharon, sabremos

que Fernand Magritte pretende engañarnos a nosotros, en cuyo caso, cuando Sharon llegue a Haití, simplemente el microfilme será destruido y ella regresará; consecuentemente a esto, nosotros cortaremos de raíz y en el acto toda relación con Fernand Magritte y aquí no ha pasado nada. En cambio, si los rusos atacan a Sharon Varney para quitarle el microfilme, sabremos que Fernand Magritte no tiene nada que ver con ellos, y que podemos iniciar ya en serio las negociaciones con él con vistas a su futura presidencia y nuestras bases completas en Haití.

—Esto es maquiavélico.

—Es espionaje, nada más.

—Me refiero a lo de la chica guapa —gruñó Kerringer—. Supongamos que Magritte es leal a nosotros, en cuyo caso los rusos la atacarán. Si esto es así, no quisiera estar en el pellejo de esa chica.

—Bueno, a ella se le han explicado todos los riesgos, y ha aceptado.

—Pues tiene un valor admirable. O está loca.

—No está loca, y su valor es considerable, desde luego. Pero además se le han dado toda clase de garantías respecto a que saldrá con bien del trance si los rusos la cazan.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se las arreglará? ¿Volando? Y eso de las garantías me hace gracia... ¿Qué clase de garantías se le han dado?

—Se le ha asegurado que en todo momento alguien altamente cualificado estará siempre cerca de ella velando por su supervivencia.

—¿Su ángel de la guarda?

—Más o menos. En fin, el nombre de su ángel de la guarda es Gordon Kerringer.

—Me lo estaba temiendo. Coño, jefe, ¡vaya trabajito me ha buscado esta vez!

—En la página sesenta y dos encontrarás el itinerario y horario detallado del viaje de Sharon Varney. Apréndetelo de memoria y devuélveme la revista.

—¿Puedo quedarme la foto de la chica?

—Claro que no. Y otra cosa, Kerringer: tienes que estar allí, pero como si no estuvieras allí.

—¿Allí? ¿Dónde?

—Siempre donde ella pueda necesitarte. Pero como si no existieras.

Gordon Kerringer soltó una palabrota. Luego, estudió y memorizó el itinerario y horarios del viaje de Sharon Varney, y finalmente se quedó mirando largamente la fotografía de la muchacha.

—O sea —masculó—, que tengo que dejar que la cacen para que le quiten el microfilme, pero luego tengo que quitársela de las manos a los rusos, sana y salva.

—Exactamente. Como comprenderás, podríamos haber simplificado mucho el asunto simplemente no permitiendo que nuestro traidor informase a los rusos del viaje de Sharon Varney a Haití con esas instrucciones para nuestro residente jefe a fin de que se entrevistase con ese inventado alto político haitiano: podríamos haber detenido al traidor, o engañarlo. Pero como lo que nos interesa de verdad es que los rusos se enteren, le hemos facilitado a nuestro traidor todos los datos del viaje de Sharon y su cometido. También se lo hemos hecho saber a Fernand Magritte, claro está, pues ahí está la trampa. Así que los rusos, ya sea por medio de nuestro traidor, o por medio de Magritte, saben que la chica va hacia allá. Si se enteran por medio del traidor, y Magritte está en combinación con ellos, y ellos saben que de todos modos sabrán todo lo que les interese por medio de Magritte, no se molestarán en atacar a Sharon...

—Ya he entendido todo eso —gruñó Kerringer—. E insisto en que es una putada para esta muchacha.

—Ya te he dicho yo también que ella sabe de qué va, y ha aceptado.

—Al menos podrían haberla enviado directamente a Haití, en lugar de alargarle tanto el viaje... No, claro que no. Entonces, los rusos tendrían que atacar a la muchacha a su llegada a Haití, donde las cosas se les pondrían muy difíciles, ya que los nuestros la estarán esperando. Sí, comprendo. Es todo un cebo. Toda una bien pensada trampa... con una flor como carnada.

—A Sharon Varney le encantará saber que la consideras una flor —sonrió el jefe de Kerringer.

—Y es rubia.

—¿Qué importa eso?

—Quiero decir que ni es morena ni es pelirroja. Yo me entiendo.

—De acuerdo. Kerringer, éste es un asunto muy serio.

—¿No podré contarle chistes a la muchacha?

El jefe sonrió secamente.

—Sé que en cuanto te pongas en marcha dejarás de parecer tonto o irresponsable, y serás el Kerringer que yo conozco, o sea, uno de nuestros mejores hombres para...

—¿Cómo, uno de los mejores? —Le miró irritado Kerringer—. ¡El mejor!

—En ese caso —sonrió beatíficamente el jefe—, demuéstalo.

Gordon Kerringer volvió a mirar la fotografía de Sharon Varney, frunció el ceño, y dijo:

—Nadie te hará daño, amor mío...

CAPÍTULO II

Era rubia, alta y espléndidamente hermosa. Incluso quizá demasiado. Pero un cebo tiene que ser bien visible, localizable y asequible para la presa, o de otro modo pierde prácticamente toda su eficacia. Así que tenía que estar bien a la vista y ser llamativo y atractivo.

Como Sharon Varney, que, recién llegada a Miami en avión, miraba a todos lados con sus grandes ojos azules y cándidos. Parecía encantada de la vida. Lo cual era lógico: oficialmente, era una preciosa secretaria en vacaciones con un bonito itinerario por delante, y eso debe encantar a cualquiera. Un itinerario que empezaba en Miami, precisamente. Aquí, la señorita Varney pasaría solamente un día, a la espera del barco que haría la romántica travesía Miami-Nassau, en las islas Bahamas. Desde las Bahamas, Sharon Varney seguiría tres días después hacia La Habana, de nuevo en barco, para, después de dos días de excursiones por la costa noroeste de Cuba, tomaría el avión a Jamaica. Tres días más en Jamaica, y ya, de aquí, otra vez en barco a Port-au-Prince, Haití, donde permanecería otros tres días para, oficialmente, seguir siempre en barco hacia la República Dominicana, Puerto Rico, y las Pequeñas Antillas...

Claro está, éste era el proyecto turístico de Sharon Varney, que no se cumplirla del todo una vez ella hubiera terminado su cometido en Haití. Si no ocurría nada, ella seguiría hacia Puerto Rico, en efecto, pero desde allí regresaría en avión a Estados Unidos.

Pero si ocurría algo... Bueno, si ocurría algo ya no se podía saber lo que podría pasar ni lo que podría hacer la señorita Sharon Varney.

Pero, de momento, Sharon había llegado a Miami, y se mostraba encantada de ello.

Desde el Miami International Airport un taxista llevó a la señorita Varney a Miami Beach, donde, en Collins Avenue, estaba el hotel en el que la simpática turista tenía reservada una habitación. El hotel estaba, claro está, junto a la playa, la cual contempló Sharon desde la terraza de su habitación. ¡Qué hermoso era el mar!

Estuvo contemplándolo unos minutos, y luego entró en la habitación. Deshizo su equipaje sólo parcialmente, pues para un día de permanencia no valía la pena complicarse la vida. Por otra parte, para una chica que se disponía a unas largas vacaciones su equipaje no era excesivo: dos maletas y un maletín.

Ya todo en orden, Sharon se bañó, se puso un bonito vestido, y bajó a la terraza del hotel, situada frente al mar. Allí, pidió un cóctel de champán, y se dedicó a paladearlo placenteramente a la espera de la hora de la cena. No tenía nada que hacer. Su parte era hacer de cebo, pasarlo bien..., y no descuidarse, eso desde luego.

Debía parecer que no se preocupaba por nada, pero tenía que estar atenta. Muy atenta, porque la sorpresa podía surgir en cualquier momento. Aunque los cálculos indicaban que no era probable que nadie molestase a Sharon mientras permaneciese en Estados Unidos.

Sin embargo, la señorita Varney reparó enseguida en el hombre que ocupaba en solitario una mesa no muy alejada de la suya. No parecía demasiado fuerte, ni siquiera demasiado alto..., pero era muy atractivo; incluso se podía decir que tenía un rostro sumamente exótico, delicado, espiritual. Llevaba los cabellos muy largos, y una bien recortada perilla. Ojos grandes y negros, de dulce mirada.

Sí, sí, dulce... Las miradas no iban a engañar a Sharon Varney, ciertamente. Ni las apariencias. Por ejemplo, el atractivo sujeto de la perilla a lo artista podía ser infinitamente más peligroso para ella que los dos hombres que conversaban en otra mesa también relativamente cerca de la suya, y que no la habían mirado ni una sola vez.

Esto sí era sospechoso, por lo increíble. Todos los hombres miraban a Sharon Varney. ¿Por qué no aquellos dos?

¿Tal vez eran agentes rusos? ¿O quizá el agente ruso era el

guapo de la perilla? ¿O ninguno? Además, ¿por qué suponer que serían hombres quienes acudirían a la trampa? Podían ser mujeres, ¿no? Todos los servicios de espionaje cuentan con agentes femeninas, y si no, allá estaba ella misma, sirviendo de cebo.

Ah, y otra cosa: ¿quién podía ser el ángel de la guarda que le habían destinado, dónde estaba? Tenía que estar cerca también, pero... ¿dónde? ¿Tal vez el guapo de la perilla? No, qué va, ése no tenía aspecto de ser peligroso. Y a lo mejor ahí estaba el truco: serlo y no parecerlo.

Bueno, no tenía por qué romperse la cabeza: lo que tuviera que suceder sucedería. Ella no tenía miedo en absoluto, A nada.

Sharon Varney terminó su cóctel, y pasó al comedor, donde cenó apaciblemente..., observada de reojo por todos los hombres que había en el comedor. Incluido el guapo de la perilla le sonrió un par de veces, pero Sharon hizo caso omiso.

Cuando había firmado la nota de la cena y se disponía a abandonar el comedor, el guapo de la perilla se le acercó. Ella le miró fijamente, seria, y él sonrió.

—Hola —saludó con suave y tenue voz—: me llamo James Vanderly, señorita Varney y me...

—¿Quién le ha dicho mi nombre?

—Me he enterado con habilidad y discreción —sonrió él—. ¿Le gustaría dar un paseo?

—Pues sí, en efecto, me gustaría dar un paseo.

—Espléndido. Conozco bien Miami, y tengo coche.

—Me alegro por usted.

—Debería también alegrarse por usted —rió Vanderly—. ¿Ha estado antes en Miami?

—Tal vez.

—Lo digo porque si así es y tiene preferencia por ir a algún lugar estaré encantado de acompañarla.

—Estoy segura de ello. Pero no deseo su compañía, gracias, señor Vanderly.

—¿No? Bueno, usted ha dicho que le gustaría pasear...

—Así es. Pero sola. Buenas noches.

—No es usted muy simpática, ¿verdad?

—Oh, sí, sí que lo soy, y mucho, pero sólo cuando vale la pena.

—¿Y conmigo no vale la pena? ¿Cómo lo sabe?

—No me gustan los cazachicas como usted, señor Vanderly. ¿Será tan amable de dejarme en paz?

James Vanderly no contestó. Sharon se alejó de él, dejándolo allá plantado, en poco airosa situación, ciertamente..., cosa que en absoluto interesó a Sharon Varney.

Ésta salía del hotel pocos minutos después, dispuesta a dar un paseo por Miami Beach, en efecto. Lo primero que vio, a cierta distancia y situado muy discretamente, fue el coche dentro del cual había dos hombres, a los que, a pesar de la distancia y de la penumbra del interior del vehículo, identificó en el acto: eran los dos que habían estado cerca de ella sin mirarla en la terraza mientras tomaba el cóctel.

¿Podían ser los rusos ya? ¿En los propios Estados Unidos?

Bueno, si la atacaban se iban a llevar una buena sorpresa, desde luego.

Sharon comenzó a caminar, evidenciando claramente con su actitud que simplemente iba dando un paseo. Un poco más arriba del hotel entró en un elegante bar, donde tomó café, y se fumó un cigarrillo. Mirando de reojo, vio, a través de las cristaleras del bar, el rostro de uno de los dos hombres de la terraza, observándola, pero el hombre se apresuró a ponerse fuera del alcance de su vista.

La señorita Varney pagó su café, y regresó a la calle, siempre tranquilamente, observándolo todo. Collins Avenue estaba animadísima, atestada de coches y de anuncios luminosos. Había bastante gente caminando por la acera, en grupos generalmente, riendo. Era una agradable noche primaveral... El coche con los dos sujetos seguía detrás de Sharon Varney, que se detuvo a contemplar un escaparate que forzosamente tenía que resultarle atractivo a una mujer.

En el cristal vio el coche deteniéndose junto al bordillo, justo detrás de ella. Uno de los hombres se apeó. Sharon lo vio perfectamente acercarse a ella con gesto decidido. Se colocó a su lado. Ella le miró, pareció desentenderse enseguida de él, y acto seguido volvió a mirarle, alzando las cejas.

—En efecto —sonrió el hombre—, ya nos conocemos, aunque sólo sea de vista.

—Sí —asintió Sharon—, creo que le he visto antes en el hotel. Estaba usted con otro caballero.

—Cierto. El está ahora en el coche, detrás de nosotros. La hemos estado siguiendo, señorita... señorita...

—¿Me han estado siguiendo? ¿Por qué, con qué derecho...?

—Vamos, no se enfade. Tenemos algo muy importante que decirle, pero no nos pareció oportuno hacerlo en el hotel.

—¿Por qué no?

—Queremos ser sumamente discretos. Tanto, que ni siquiera nos hemos interesado por su nombre en la conserjería, como han hecho otros..., o por lo menos otro.

—Me parece que ya sé a quién se refiere. Es un estúpido.

—Nosotros no.

—Pero... ¿qué es lo que quieren?

—Hacerle una oferta. Pero no aquí, en plena calle.

Sharon Varney miró abiertamente hacia el coche, ante cuyo volante estaba sentado el otro sujeto, sin mirarlos, como abstraído. Volvió a mirar al sujeto que la había interpelado.

—¿Pretende usted que entre en su coche? —murmuró.

—Todo será más discreto así. Nosotros, mi amigo y yo, estamos seguros de que usted sabrá valorar nuestra discreción. Le aseguro que no se trata de nada que pueda molestarla.

Sharon Varney titubeó visiblemente. Bueno, ¿por qué preocuparse? A fin de cuentas sabía que esto podía llegar a sucederle, era a fin de cuentas el eje y núcleo de su misión. Pero... ¿dónde estaba su ángel de la guarda?

—Está bien, hablaré con ustedes.

—Estupendo. No se arrepentirá.

Caminaron los dos hacia el coche. El sujeto, alto y fuerte, le abrió la portezuela a Sharon, entró tras ella en la parte de atrás, y el otro arrancó inmediatamente, continuando Collins Avenue arriba. Durante casi un minuto los tres permanecieron en silencio. Por fin, Sharon preguntó:

—¿Qué tienen que decirme?

El que iba a su lado la miró y sonrió.

—Estamos seguros de que usted ya lo sabe. Pero no se impaciente: enseguida entraremos en materia.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, de acuerdo —asintió el hombre—. Lleva ya el coche hacia la playa, Mike.

—Okay —asintió el conductor.

—¿A la playa? —exclamó Sharon—. ¿Qué vamos a hacer en la playa?

—Será mejor que entres ya en materia, Joey —dijo Mike.

—Sí.

Joey quitó suavemente el bolso de las manos de Sharon, lo abrió, y lo dejó sobre sus rodillas.

—Pero ¿qué...? —empezó Sharon.

—Tranquila, tranquila —rió Joey, sacando un fajo de billetes del bolsillo interior de la chaqueta—. ¿Te parece bien quinientos?

—¿Qué?

—De acuerdo, de acuerdo, que sean seiscientos por los dos. Esta noche nos sentimos generosos, y una chica como tú vale la pena.

Ante el auténtico asombro de Sharon Varney, Joey separó seiscientos dólares del fajo, y los metió en su bolso, guardándose el resto. Cerró el bolso, y se lo devolvió, sonriente.

En aquel momento, Mike detenía el coche frente a la playa, orlada de palmeras.

—Espero que sepas ganártelos —dijo Joey.

Sharon estaba absoluta y sinceramente estupefacta.

—Nos gusta hacerlo en el coche. Y sobre todo nos gusta mirar lo que hace el otro. Siempre es más divertido que un simple y vulgar encuentro en la habitación de un hotel, ¿no te parece? Bueno, me gustaría mucho ver tus pechos, para calentar motores.

Llevó las manos hacia el pecho de Sharon, que saltó hacia el extremo del asiento, exclamando:

—¡No me toque!

—Oye, palomita, ya basta de juegos, ¿de acuerdo? Te hemos pagado, ¿no es cierto? Pues vamos al asunto.

Joey la agarró por la cintura, la atrajo con fuerza, y buscó con su boca la de Sharon, que ladeó la cabeza, recibiendo el beso en un lado del cuello. El sujeto emitió un gruñido de disgusto, y su mano libre se posó sobre un seno de la muchacha, apretándolo.

—Vaya —masculló—. No se puede negar que tienes unas buenas...

—¡Suéltame! ¡Suéltame inmediatamente!

—Me parece que sabes darle verdadera emoción al asunto —dijo Joey, al parecer complacido de pronto—. Bueno, éste va a ser un

polvo movido...

Intentó de nuevo besar a Sharon en la boca. Ella le empujó con toda su fuerza, pero no consiguió ni moverlo. Esta vez, la boca de Joey atrapó la suya, y le mordió el labio inferior. Sharon emitió un grito, bajó su mano izquierda, y, tanteando por encima de los pantalones de Joey percibió la zona genital. Joey apartó su boca, y jadeó;

—Veo que empiezas a comp... ¡Auuuggfff!

El grito brotó de sus labios cuando el puño de Sharon se alzó sobre la zona localizada y lo dejó caer fuertemente sobre ella. Al mismo tiempo que gritaba de dolor, Joey la soltaba y saltaba hacia atrás, llevándose las manos a los genitales.

—Pero ¿qué diablos...? —masculló Mike.

Sharon abrió la portezuela, y saltó del coche, echando a correr. Mike salió tras ella, la alcanzó rápidamente, y la derribó sobre la arena, haciéndole perder el bolso y saltar un zapato. La aplastó con su peso, abrazándose a ella y apretándola ansiosamente.

—Lo mismo da que sea yo el primero —jadeó—. Vamos, déjate ya de tonterías; alguien podría vernos, tontita.

Sharon Varney estuvo a punto de gritar, pero al mismo tiempo, velozmente, captaba las consecuencias que ello podría acarrear: si, en efecto, acudía alguien, las cosas se iban a complicar de un modo absurdo, increíblemente estúpido. Cielos, una espía pidiendo socorro porque dos granujas querían hacer el amor con ella...

Mike estaba hurgando en sus pantalones, mientras Joey salía del coche y corría tambaleante hacia ellos. Sharon crispó la mano derecha, y aplicó un golpe con el canto en un lado del cuello de Joey, que gimió sordamente y se relajó lo suficiente para que ella se lo quitara de encima. Se puso de rodillas, y rápidamente en pie. Joey llegaba en aquel momento, y, sin pensarlo dos veces, Sharon alzó la pierna derecha y hundió el pie donde ya antes había golpeado al sujeto. Éste lanzó un berrido, y cayó de rodillas, cayendo hacia delante de modo que su rostro se hundió en la arena. Sentado en ésta, Mike miraba a la muchacha con ojos desorbitados.

—Oye, ¿estás loca? —gritó—. ¿Acaso no te hemos pagado? ¡Ya basta de imbecilidades, o te voy a partir la cara!

Se puso en pie rabiosamente, y se acercó a ella, abiertos los brazos. La atrapó entre ellos..., y se llevó la sorpresa de su vida.

Sharon Varney giró entre los brazos de Mike cuando todavía el cerco no se había estrechado, se cargó todo el peso del hombre sobre su hombro derecho y la cadera, asió con la mano izquierda la manga de la chaqueta, y tiró con fuerza hacia adelante, bajando la cabeza y girando hacia su izquierda...

Fue un *ippon seoi nage* de judo perfecto, impecable. Mike lanzó un alarido de puro pánico mientras salía volando por encima de Sharon a casi dos metros de altura, giraba, y, finalmente, caía duramente de espaldas sobre la arena. Si esto hubiera ocurrido sobre la acera a buen seguro se habría roto la cabeza y más de un hueso del cuerpo, pero la arena amortiguó considerablemente el golpe, y Mike, simplemente, se quedó sin aliento, contemplando las estrellas encima suyo, allá arriba. No podía moverse.

Joey, que ahora estaba de rodillas con el rostro lleno de arena, contemplaba al parecer aterrado a la muchacha, que gritó:

—¡Los voy a denunciar! ¡Cerdos cobardes, los voy a denunciar!

Recogió rápidamente su bolso y el zapato, y echó a correr hacia el coche, ante cuyo volante se sentó. Encendió el motor, abrió de pronto el bolso, sacó el dinero, y lo tiró fuera.

—¡Y aquí tienen su cochino dinero!

Acto seguido, arrancó, dejando tendidos en la arena a Mike y Joey.

CAPÍTULO III

El barco zarpó de Dodge Island el día siguiente a las dos de la tarde, con la señorita Sharon Varney a bordo sana y salva. Llegaría a Nassau, en las Bahamas, a las nueve de la noche, y, hasta entonces, todo lo que podían hacer los pasajeros era divertirse..., que era, precisamente lo que se proponían. Podían hacer mil cosas, desde contemplar el mar y el cielo cómodamente sentados en los butacones de la cubierta, hasta ir al cine, jugar, nadar en la piscina, comprar cosas que no necesitaban en las tiendas del barco...

Sharon Varney optó por acomodarse en una de las butacas, dispuesta por el momento a disfrutar del sol, de la brisa marina, y dispuesta a seguir siendo el cebo. De lo que no tenía ganas en absoluto era de conversación...

—¡Qué viaje tan encantador! —Oyó a su lado.

Volvió la cabeza, y se quedó mirando a la gordinflona mujer vestida como una turista de opereta que, evidentemente, se disponía a ocupar una butaca a su lado, cosa que hizo, en efecto, sin dejar de mirarla a ella.

—Hace un sol espléndido, ¿no le parece, jovencita?

—Sí —farfulló Sharon, pensando en cambiarse de butaca—, hace un sol espléndido, y el viaje es encantador.

—Ah. Creí que no me había oído antes.

—La oí, pero estaba un poco adormilada.

—Hace usted mal, querida —dijo la gorda cincuentona con su chillona voz hiriente—: debe permanecer con los ojos muy abiertos... ¿Me comprende?

Sharon la miró con súbito interés.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que aunque su misión sea en cierto modo pasiva no debe

descuidarse demasiado, señorita Varney.

—¿Me conoce? ¿Quién es usted?

—Su ángel de la guarda. Pero para abreviar puede llamarme Siete.

—Siete, ¿eh? ¡Me pregunto qué estaba usted haciendo en...! Un momento. ¡Usted es mi ángel de la guarda!

—Sssst, no grite, o algunas personas se van a sorprender muchísimo.

—Pe-pero... ¡creí que sería un hombre!

—¿Y qué le hace suponer a usted que yo no soy un hombre? ¿Una peluca, un vestido de mujer, unos rellenos y una voz aguda?

—Dios mío...

—Creo que debería controlar su asombro.

—Sí... Tiene razón. Está bien. Pero dígame dónde estaba usted anoche cuando dos hombres me atacaron. ¡Si hubieran sido ellos yo estaría ya muerta, pues usted no tenía ni idea de...!

—En primer lugar, *eran ellos*. Y en segundo lugar, yo no estaba con usted porque rechazó mi compañía.

Sharon quedó aturdida un instante. Luego, susurró:

—¿Usted... es James Vanderly?

—El cazachicas —sonrió la obesa dama—. Bueno, hizo usted muy bien no denunciando a aquellos dos estúpidos. Supongo que no lo hizo porque pensó en los muchos inconvenientes que ello podría depararle.

—Sí. Además, cuando llegaron al hotel fueron a mi habitación a pedirme disculpas. Dijeron que les había parecido que yo era una de esas chicas que van por los hoteles buscando clientes, y como les gusté mucho, pues...

—¿Y usted se lo creyó?

Sharon se pasó la lengua por los labios.

—¿Eran rusos? —murmuró.

—No, no eran rusos, sino americanos. Pero trabajan para los rusos. Ha sido el primer paso, de tanteo, para valorar la protección que lleva usted. Eran dos asalariados de poca monta del espionaje ruso en Estados Unidos. Si los hubiera denunciado y la Policía los hubiera detenido los habrían acusado de agresión, y nada más. Nada preocupante para ellos, pues podrían decir que usted los provocó, etcétera. Pero sabían que no los denunciaría, pues eso la

habría colocado a usted en una situación inconveniente, empezando por tener que retrasar su viaje... Supongo que les dijo usted que no los denunciaba precisamente por eso, porque estaba en viaje de vacaciones y no quería complicarse la vida.

—Sí... Eso les dije, sí.

—Bien hecho. Pero a partir de ahora, tenga más cuidado, pues las cosas empezarán a ir en serio.

—Sí, de acuerdo. Pero ahora que pienso, si aquellos dos hombres trabajan para los rusos significa que los rusos han tomado cartas en el asunto, ¿no es así?

—Así parece.

—Bueno, entonces ya sabemos que he sido delatada por el traidor, y que si los rusos me atacan significa que nuestro personaje de Haití no nos está engañando... ¿No es así?

—Así parece.

—Entonces... ¿se puede considerar que mi trabajo ya está hecho! Si los rusos me han tanteado ya sabemos lo que queríamos saber.

—Así parece, insisto.

—Se me ocurre que, puesto que ya sabemos lo que queríamos saber, no tiene objeto que yo siga con el viaje.

—Muy ocurrente —gruñó la obesa mujer—. Si usted se quita de en medio ahora, ¿cómo le robarán ellos el microfilme que acusa a André Lebel, el cual queremos que sea quitado de en medio por los propios rusos, a fin de que en adelante no pueda vigilar a nuestro gran hombre futuro en Haití?

—Sí... Claro. ¡Usted me ha puesto nerviosa!

—Pues hijita, si se pone nerviosa por tan poca cosa no sé qué va a ser de usted cuando la ataquen de verdad. En fin, la jugada ya está en marcha.

—Me parece que no tiene usted fe en mí.

—Bueno —sonrió Siete—, voy a concederle un margen de confianza. En los primeros trabajos todos cometemos pequeñas tonterías, y es natural que estemos nerviosos. Estoy seguro de que se portará mejor de aquí en adelante.

—Es usted muy magnánimo —rezongó Sharon.

—Digamos que también he sido principiante.

—¡Yo no soy una principiante!

—Pues, entonces, maldita sea —masculló Siete—, ¡haga las

cosas con más naturalidad! Y esté tranquila: yo siempre estaré cerca.

—En el barco sí, porque...

—No la atacarán en el barco. Los ataques se producirán en tierra firme. Y no creo que la ataquen antes de llegar a Cuba. Allá estarán en su elemento. Mientras tanto, diviértase..., pero sin descuidarse: hasta yo podría equivocarme.

—¡No me diga!

—Nadie es infalible —sonrió Siete—. Pero ahora mismo, por ejemplo, sé que un ruso nos está observando. Es un tipo bajo, achaparrado, fuerte. Lleva un sombrero blanco. El otro o los otros deben andar por ahí, olisqueando la presencia de agentes nuestros. Irán estrechando el cerco, asegurándose bien de que viaja sola antes de pasar al ataque decidido.

—¿No teme que sospechen de usted?

—No, porque como espía yo no tengo rival.

—Modestia aparte, claro.

—La modestia es una hipocresía, señorita Varney.

—Me gustaría verle físicamente como es en realidad. Debe ser el hombre más atractivo del mundo, claro, naturalmente.

—Por ahí le anda —rió Siete—. Bueno, hasta Nassau. Nos veremos en el hotel.

—¿Se va a alojar en el mismo hotel que yo? Muy inteligente. ¿De verdad cree que los rusos no sospecharán de usted si la ven tanto conmigo?

—Los rusos no tienen ni idea de con quién se las están viendo.

—Modestia aparte.

—Y me parece que usted tampoco —sonrió de nuevo Siete—. Bueno, ya nos iremos viendo. Ahora, simule que mi conversación ya la está fastidiando, y que muy cortésmente me dice que desea adormilarse bajo este agradabilísimo sol de primavera. Yo haré lo mismo... ¡Me encanta el sol!

Hacia las nueve y media de la noche la señorita Varney llegaba al Hotel Prince Albert, de Nassau, frente a los muelles. Había perdido de vista a Siete antes de desembarcar, y ya no la volvió a ver. Claro. Debía haber comprendido que ella estaba bromeando, que no iba a permanecer todo el tiempo a su lado...

A quien sí vio varias veces fue al sujeto achaparrado y fuerte que

llevaba sombrero blanco. Pero sólo a él, por más que intentó identificar a más agentes rusos no lo consiguió. Pero sabía que estaban allí, en Nassau, cerca de ella. No ya el del sombrero blanco, que desapareció, sino otros. Debía estar rodeada de rusos por todas partes.

Pese a lo cual, la señorita Varney pasó dos encantadores días en Nassau, recorriendo la isla de New Providence en pequeñas excursiones y dando agradables paseos en lanchas para turistas. Finalmente, el día y hora señalados, tomó el barco que debía cubrir la travesía hasta La Habana. El viaje duraría unas doce horas, y puesto que la señorita Varney quería viajar con todo confort, esta vez tenía un camarote, en el que se instaló siempre provisionalmente. Llegarían a La Habana a las nueve de la noche, así que no valla la pena andar removiendo cosas.

Hacia las once de la mañana, Sharon Varney apareció en la piscina situada a popa del magnífico crucero, ataviada con un albornoz azul y un bikini del mismo color. Cuando se quitó el albornoz, los hombres que ya habían estado mirando sus piernas se quedaron boquiabiertos contemplando el resto. Ocupó una extensible, estuvo tomando el sol un rato, y luego nadó unos minutos en la piscina.

El ambiente era idílico. Como en las películas: gente feliz de vacaciones, sonrisas y risas por todas partes, bellos muchachos y muchachas saltando del trampolín, personas de edad madura disfrutando con sosiego del sol, y atentísimos camareros que servían refrescos.

Precisamente uno de éstos, un sujeto bigotudo, moreno, de ojos negros de descarada mirada, se acercó a Sharon cuando ella se estaba acomodando de nuevo en la extensible.

—¿Desea tomar algo, señorita? —ofreció.

—No, gracias.

—¿Ni siquiera un refresco de piña?

—No, no.

—¿Un zumito de limón con ron?

—No, de veras, gracias.

—Mmmm... ¿Tal vez un martini, un aperitivo?

—Ya le he dicho... —Se quedó mirándolo fijamente, y susurró —: ¿Siete?

—Siete —sonrió el camarero—. Le traeré un aperitivo.

—No quiero nada —refunfuñó Sharon.

—De acuerdo. Sólo quería distraerla un poco más antes de que vaya a su camarote para vestirse para el almuerzo.

—¿Distraerme?

—Están registrando sus cosas. No se le ocurra aparecer por allí antes de veinte minutos como mínimo.

El camarero se alejó, dejando a Sharon aparentemente muy tranquila y como fastidiada por su insistencia, pero alterada en su interior. Claro, antes de pasar a procedimientos expeditivos intentarían conseguir el microfilme sin enfrentamientos directos. Muy bien, podían buscar todo lo que quisieran: jamás encontrarían el microfilme. Jamás. Y ello porque se había planeado que los rusos no tuvieran las cosas fácilmente, pues habrían podido sospechar.

La cazarían. Tendrían que hacerlo, lo que también estaba previsto... Al pensar en esto Sharon se estremeció levemente. Aunque Siete apareciera a tiempo de evitarle grandes males, lo seguro era que no lo iba a pasar bien en manos de los rusos antes de darse por vencida y entregarles el microfilme que tan bien escondido llevaba...

—Su martini, señorita —se inclinó el bigotudo camarero ante ella, ofreciéndole la bandeja—. Y no se preocupe: yo estaré siempre cerca.

—Ya le he dicho que no quiero nada.

—Claro que sí. ¿De qué otra cosa sino de su elección de bebida habríamos conversado tanto hace unos minutos?

Sharon Varney tuvo que aceptar el martini, pero diciendo:

—Es usted un estúpido impertinente.

El camarero sonrió, casi estuvo a punto de soltar la carcajada.

Media hora más tarde, Sharon Varney entraba en su camarote. Todo estaba en orden y como ella lo había dejado, y por más que buscó algún detalle revelador del registro no lo encontró. Comprendió lo que esto significaba: el cerco se iba estrechando, los rusos estaban utilizando agentes cada vez más hábiles y sigilosos. Aunque no debían serlo tanto cuando Siete los había detectado. Aunque a lo mejor todo era una mentira de él para darse importancia, para provocar su admiración.

A las nueve de la noche llegaron a La Habana. A las diez, junto

con un grupo de turistas británicos, Sharon Varney se alojaba nuevamente en un hotel elegante, donde sí deshizo esta vez su equipaje, puesto que debería permanecer allí dos días antes de tomar el avión hacia Jamaica. El cebo, ahora en territorio propicio, no podía ser más apetitoso para los rusos.

Pero aquí, en La Habana, sucedió algo completamente inesperado por rusos y americanos: dos de los turistas británicos del grupo que se alojaba con Sharon Varney en el mismo hotel, se enamoraron de ella, o al menos así lo declararon abiertamente primero con su actitud y luego más claramente. A la señorita Varney le resultó del todo imposible desembarazarse de ellos durante el primer día de su estancia en Cuba. Lo intentó, pero no hubo manera. Fuese adonde fuese ella, los dos británicos la acompañaban. Solamente matándolos podía haberlos dejado atrás, y ciertamente que no podía hacer eso.

Se llamaban Hugh Mills y Stanley Barrow, dijeron ser novelistas y estar escribiendo un libro al limón. Al principio, naturalmente, Sharon pensó que era una treta rusa, pero no tardó en convencerse de que no era así. Estaba tan desconcertada que no sabía qué hacer. Era una situación absurda. Lo era tanto que Sharon incluso pudo identificar a tres agentes rusos en varias ocasiones cerca de ella, mirándola fijamente. Los rusos estaban que se los llevaban los diablos, se dio cuenta. Era todo increíble. Tan furiosos estaban los rusos que Sharon llegó a pensar que aunque estuviesen los dos británicos con ella la iban a cazar.

Tal cosa no sucedió. Los rusos debieron recibir severas instrucciones al respecto, y así, llegó la hora de la cena sin que hubieran podido tan siquiera acercarse a Sharon Varney sin buscarse complicaciones con dos turistas británicos.

Fue algo tan absolutamente fuera de planes, que incluso provocó una inesperada y hasta imprudente intervención de Siete.

Imprudente, pero imprescindible, dadas las circunstancias. Sharon tuvo que comprender el riesgo que había corrido Siete cuando, al abrir su armario aquella noche para vestirse para la cena, encontró una bolsita de papel prendida con un alfiler en uno de sus vestidos. Abrió la bolsita, y dentro encontró una pequeña radio de bolsillo, un poco más pequeña que un paquete de cigarrillos corrientes. En la bolsa, escrito a bolígrafo, ponía:

VAYA AL CUARTO DE BAÑO

Sharon comprendió, y se encerró en el cuarto de baño y abrió los grifos del lavabo. Ya sonando el rumor del agua, apretó el resorte de la radio.

—Oiga... —susurró—. ¿Oiga?

—Oigo —oyó la seca voz de Siete—. ¿Se puede saber qué demonios está usted haciendo?

—No puedo desembarazarme de ellos... ¡No puedo! Porque supongo que se refiere usted a los dos británicos.

—Naturalmente que me refiero a ellos.

—Al principio creí que todo iba bien, que eran rusos y que...

—No son rusos. Los rusos están que echan fuego.

—Sí, me he dado cuenta... Están tan rabiosos que hasta se han delatado. Mire, mañana, sea como sea, me desharé de los británic...

—Claro que no. Ahora ya no es posible. ¿Qué es lo que quieren esos dos hombres exactamente?

—Se han enamorado de mí... Bueno, eso dicen. Aseguran que van a seguirme vaya adonde vaya, que están locos por mí. ¡Dios mío, no he conocido a nadie tan pegadizo en toda mi vida! Pero puedo deshacerme de ellos, de veras. No sé cómo, pero lo haré, no se preocupe.

—Escuche, señorita Varney, si mañana hiciera usted alguna inteligente maniobra propia de una agente de la C.I.A. y consiguiera librarse de esos sujetos, los rusos se mosquearían muchísimo. Los conozco muy bien, y lo último que se puede decir de ellos es que son tontos. Lo lógico, en una situación como ésta, es que usted acepte encantada la compañía de esos dos papanatas, ya que le garantiza una protección contra cualquier ataque o contingencia desagradable. Obviamente, los rusos están pensando que eso es lo que piensa usted. De modo que si se desembaraza de ellos dejándoles libre el camino a los rusos, éstos se van a mosquear. Supongo que comprende esto. Desconfiarán de todo, es así de simple.

—Sí... Sí, claro, parecería que yo deseo que los rusos tengan el campo libre para atacarme.

—Exacto. De modo que siga con los británicos.

—Oh, no. ¡Son dos pelmas de cuidado!

—Haga lo que le digo, o todo se va a estropear. Las cosas se han presentado así, y hay que improvisar sobre la marcha. Tendrá que soportarlos hasta tomar el avión hacia Jamaica.

—Han dicho que me seguirán vaya adonde vaya.

—No podrán hacerlo: van a tener algunas dificultades.

—¿Qué dificultades?

—Por ejemplo, van a «perder» sus pasaportes o su dinero. Deje eso de mi cuenta. ¿Y sabe una cosa?: casi es mejor así, pues los rusos lo habrían tenido todo muy fácil de haberla atacado aquí. En Jamaica estaremos más igualados. Pero ellos lo saben, de modo que es posible que intenten algo, aunque sea a la desesperada. Tenga cuidado. Adiós.

—Espere... ¿Qué hago con la radio ésta? ¿La conservo?

—¿Y no le sería igual llevar una bomba en su maleta?

Siete cortó la comunicación, y Sharon se quedó mirando la radio. Claro, tenía que deshacerse de ella... Bueno, ya encontraría el medio. Oh, cielos, otro día con aquel par de pesados británicos. ¿Podría soportarlo?

CAPÍTULO IV

El avión con destino a Kingston, Jamaica, salía a las diez de la mañana. A las nueve, la señorita Sharon Varney estaba en el aeropuerto, donde procedió a facturar su equipaje. Luego, portando solamente el maletín, se dispuso a esperar la hora de salida del vuelo.

Aunque tenía sus dudas al respecto. Ciertamente, los dos británicos habían tenido inesperadas dificultades que nadie terminaba de comprender bien, pero el hecho cierto era que se habían quedado en el hotel airadísimos, y no poco desesperados viendo cómo la señorita Varney se alejaba de ellos.

Es decir, que ahora los rusos tenían el camino libre para atacarla, lo que podía suceder en cualquier momento. Aunque... ¿se atreverían a hacerlo allí, en el vestíbulo del aeropuerto? Claro que había muchos medios, incluso si tan irritados estaban podían recurrir a las autoridades cubanas para que retuvieran en tierra con cualquier pretexto a la pasajera americana...

Sharon casi tropezó con el negro que apareció ante ella, sonriente, mostrando una dentadura admirable.

—¿Me da unos cigarrillos, *miss*? —pidió el negro—. Siete dice que sí me los va a dar.

Sharon contuvo su sorpresa, sonrió al negro, y le ofreció su paquete de cigarrillos, de los que el sonriente personaje tomó tres o cuatro, diciendo:

—Siete dice que vaya usted a los lavabos dentro de cinco minutos.

—Lo que no tengo a mano son cerillas, lo siento —dijo Sharon, entrando con naturalidad en el juego.

El negro se desconcertó un instante, y no ciertamente porque no

hablase y entendiese bien el inglés, ni mucho menos. Siete debía haberlo elegido, le había dado instrucciones y una buena propina, y eso era todo; las respuestas que le diesen ya escapaban a su cometido.

—Oh, ya tengo yo, *miss*. Muchas gracias.

Se puso un cigarrillo en la boca, los demás en el bolsillo, y sacó un estuche de cerillas, con el que prendió el cigarrillo. Expelió el humo, y dijo:

—Yo he estado en Estados Unidos, ¿sabe?

—Lo he notado —sonrió Sharon—. Gracias por el aviso.

El negro asintió, sonrió de nuevo, y se alejó. Sharon se desentendió de él con toda naturalidad, y paseó un poco mirando a todos lados, como quien busca el modo de distraerse a la espera de su vuelo. Cinco minutos. Naturalmente, tenía que esperar ese tiempo para que nadie relacionase su ida a los lavabos con su contacto con el negro.

Compró una revista, estuvo un par de minutos hojeándola, volvió a pasear, y de pronto, como casualmente, se encontró cerca de los lavabos. Se dirigió hacia ellos. Estaba segura de que su actitud era de lo más normal.

En los lavabos no había nadie. Se colocó ante uno de éstos, abrió el grifo, y se miró al espejo. ¿Cómo se le aparecería Siete esta vez? ¿Disfrazado de marciano, de trapecista, de bailarina, de...?

Una azafata de la Cubana entró en aquel momento en los servicios, portando una bolsa de vuelo con el distintivo de la línea aérea, y casi pisando sus talones entró una criolla de magníficas proporciones y enormes ojos negrísimos. La azafata se colocó ante el lavabo contiguo al de Sharon. La criolla cerró la puerta, y se dirigió directa hacia Sharon, que la miró por el espejo cuando la tuvo detrás.

En el acto comprendió que algo desagradable para ella estaba en marcha.

—Ponga las manos sobre el espejo —ordenó la criolla, en perfectísimo inglés.

Sharon se pasó la lengua por los labios, y volvió la cabeza hacia la azafata. Ésta se acercó, y tomó su maletín. Sharon puso las manos en el espejo, y la criolla le pasó las manos por el cuerpo rápidamente, en busca de un arma que, por supuesto, Sharon no

llevaba; habría sido una imprudencia absurda, teniendo en cuenta los detectores del aeropuerto por el que tenían que pasar todos los pasajeros antes de embarcar.

—No lleva nada —dijo la criolla.

—En el maletín tampoco —informó la azafata.

La criolla tocó a Sharon en la espalda.

—Camine hacia las cabinas.

Sharon giró, y se dirigió hacia las cabinas de los inodoros, llevando tras ella a las dos mujeres. Se sentía como flotando. Lo primero que había pensado al ver a la azafata era que se trataba de Siete, pero bien claro estaba que no era así.

La criolla abrió la puerta de una de las cabinas.

—Entre. ¡Vamos, vamos!

En el momento en que Sharon se disponía a entrar, se abrió la puerta de otra cabina, y apareció, para sorpresa de las tres mujeres, una anciana de blancos cabellos, con lentes oscuros, vestida de negro. Salió pausadamente, con caminar un tanto encorvado. Las miró a las tres, y enseguida apareció un gesto colérico en sus facciones.

—Esto es una porquería —exclamó con rabia, en español con neto acento cubano—. A usted se lo digo, joven —señaló a la azafata—. Usted es de la Cubana, ¿no? ¡Pues a ver si les dice a quienes corresponda que tengan limpios los servicios!

—Lo haré con mucho gusto, señora —asintió la azafata.

—Veremos si es verdad. Y le advierto a usted que si en mi próximo vuelo...

El puño derecho de la anciana impactó de pronto, con seco chasquido, en la punta de la barbilla de la azafata, que puso los ojos en blanco, y, simplemente, se desplomó sin sentido. La criolla respingó, alzó rápidamente su falda, y dejó al descubierto unas espléndidas piernas... y una pistola metida en una liga de cuero.

Ni siquiera tuvo tiempo de tocar el arma. El puntapié de la anciana le acertó en pleno vientre, y la derribó sentada, con el rostro desencajado y los ojos proyectándose fuera de las órbitas. Con un solo paso largo, flexible y agilísimo la anciana se colocó de nuevo ante ella, y volvió a utilizar el pie, golpeando ahora, de lado, bajo la oreja izquierda de la criolla, que cayó de costado privada del conocimiento.

La anciana miró plácidamente a Sharon.

—Entre en el compartimiento del que yo he salido, póngase las ropas y la peluca que encontrará, y salga de aquí como si nada hubiera ocurrido. Con ese mismo disfraz, tome el avión, y una vez en éste diríjase inmediatamente al lavabo y no salga de allí hasta que hayan despegado. Si el lavabo está cerrado, ocupe un asiento y vuelva a ir allá cuando estén en el aire. Se quita la peluca y el vestido y ocupa el asiento de usted. Muévase.

—Pe-pero estas mujeres...

—Yo me ocupo de eso. Dese prisa.

—Sí. Pero si tengo que dejarme capturar...

—No es éste el momento. Y no tiene que *dejarse* capturar, debe parecer que se resiste. ¡Vamos, haga lo que le he dicho!

Sharon asintió, y abrió la puerta del compartimiento, mientras la anciana agarraba a la azafata por las axilas y la arrastraba con fuerza, sin miramiento alguno, y la metía dentro de otro compartimiento... Sharon ya no vio nada más. Entró en la cabina, cerró, vio el vestido y la peluca, y un bolso de mano, y comprendió cuando su maletín cayó junto a ella en el suelo. Vio fugazmente a la anciana y oyó su voz:

—Su maletín dentro del bolso. Y también su ropa.

Sharon Varney estuvo lista en dos minutos, según sus cálculos. La peluca era morena, el vestido demasiado llamativo para su gusto. Y no hacía juego con sus zapatos, qué horror. Salió del compartimiento. No había nadie a la vista, no se oía nada.

Salió tranquilamente de los servicios. Un poco más allá vio a dos hombres, que la miraron con súbito interés, y enseguida tras ella, hacia la puerta. Sharon se alejó. Se detuvo unos treinta metros más allá, y se volvió. Vio salir a la anciana, miró a los hombres, y de nuevo se dio cuenta de que cambiaban algún comentario. La anciana caminaba con pasito menudo y torpe directa hacia ella, y Sharon se estremeció cuando se le plantó delante.

—Ah, jovencita, ¿qué tal? —La saludó—. Ya nos conocemos, hemos sido vecinas de retrete, ¿verdad?

—Dios mío —murmuró Sharon—. ¡Se van a dar cuenta de que...!

—No se preocupe. Esos dos rusos creen que usted y yo estábamos ya en los servicios cuando ha entrado usted y luego las

otras dos. Ahora creen que la azafata y la morena es cuando la están metiendo a usted en una cabina para que pierda el vuelo. Y mientras tanto, nosotros iremos de viaje. Cuando se den cuenta ya estaremos en el aire..., pero nos estarán esperando en Jamaica.

—Sí, claro... Ha sido una casualidad que me atacaran en los servicios...

—¿Casualidad?

—¿No?

—Claro que no —la anciana la tomó de un brazo, y se dirigieron hacia las puertas de embarque—. Sabía que lo intentarían aquí, y, reflexionando sobre ello, decidí que una detención de usted en el aeropuerto no me convenía, Y menos en Cuba. Así que la hice ir a propósito a los lavabos. Obviamente, ellos debían tener toda clase de personal para atraparla a usted en cualquier circunstancia, y era lógico que aprovecharan la estupenda ocasión de que usted fuese a los servicios. A mí también me iba bien eso. Ahora, ellos creen que sus dos amigas la tienen en un compartimiento higiénico, y se han tranquilizado. Era simpático el negro, ¿verdad?

—¿Eh...? Oh, sí, el negro... ¡Muy simpático, sí!

—A mí me caen muy bien los negros, aunque algunas personas opinen de ellos que son gandules. Pero realmente... ¿para qué trabajar tanto? La vida es muy hermosa, y cuando uno trabaja no se entera de eso, se embrutece. En cambio, tumbado al sol, uno se da cuenta de la belleza de la vida, de que está vivo, de que todo es... o podría ser maravilloso. Sí, me caen muy bien los negros, qué le vamos a hacer. ¿Y a usted?

—A mí me son más o menos indiferentes. Como las demás personas.

—Eso está bien. Mire, conocí a un negro tan gandul, tan gandul, que no se sentaba porque decía que se le cansaban las rodillas. Bueno, hasta la próxima, señorita Varney.

—Pe-pero... ¿no va usted a viajar conmigo?

—Tal vez —sonrió la anciana—. Pero en cualquier caso, no con este disfraz. ¿Cuál le gustaría la próxima vez?

—No tengo la menor idea —sonrió Sharon.

La anciana encogió los hombros, y se alejó.

Apenas cinco minutos más tarde, los pasajeros del vuelo La Habana-Kingston eran requeridos por los altavoces para su

embarque.

Los dos rusos seguían esperando frente a los servicios del aeropuerto Rancho Boyeros.

* * *

El reactor tomó tierra en una de las pistas del aeropuerto de Palisadoes, a diecisiete kilómetros de Kingston, la capital jamaicana, y la señorita Sharon Varney fue de los primeros pasajeros en desembarcar. Sin problema alguno por cuestiones aduanales, sus trámites terminaron unos diez minutos más tarde, y debían ser las doce menos cuarto cuando salía al vestíbulo acompañada de un maletero que cargaba con su equipaje. Un maletero negro, lo que demuestra que de cuando en cuando los negros trabajan.

Sharon Varney se había pasado el breve viaje intentando identificar entre los pasajeros a Siete, cosa que no había logrado en absoluto. La curiosidad iba en aumento. ¿Cómo debía ser Siete? Algo así como un transformista, eso era seguro, porque su capacidad para cambiar de aspecto era sencillamente increíble, prodigiosa. ¡Y hasta parecía que era realmente una mujer cuando aparecía disfrazado de mujer...!

«Claro —pensó Sharon—: es un fuera de serie...».

Iba tan abstraída en sus pensamientos que casi tropezó con uno de los dos hombres que se plantaron ante ella. Alzó vivamente la cabeza, dispuesta a disculparse, pero en el acto comprendió que no había lugar para las disculpas. Una cortesía innecesaria.

—Sea bienvenida, señorita Varney —saludó el hombre, con cierto tonillo irónico—. La estábamos esperando.

—Nos agradecería saber que ha tenido buen viaje —dijo el otro.

Sharon miró a uno y otro, parpadeó, y no dijo nada. El que había hablado en primer lugar se dirigió al mozo negro, le dijo que ellos se harían cargo del equipaje de la señorita, y le dio un billete que acalló cualquier protesta. El otro tomó de un brazo a Sharon, con gesto amable.

—Tenemos distribuidos en el vestíbulo cinco compañeros más, por si aparecen sus amigos de la C.I.A. —informó suavemente—. Cabe la posibilidad de que se organice una buena pelea aquí, pero en todo caso una cosa es cierta: usted no saldrá viva de aquí si algo

sucede.

—Pe-pero yo... no comprendo...

—No diga tonterías. Y créame: rece para que sus guardaespaldas de viaje no aparezcan, porque esta vez estamos decididos a que no se nos escape. Es usted realmente escurridiza, pero eso ya terminó. Si nosotros tenemos una sola contrariedad, usted morirá.

Sharon notó el estremecimiento desde la nuca a los talones. Caminó hacia la salida del brazo del hombre, mientras el otro, cargando con las maletas, les daba alcance enseguida y se colocaba a su lado.

Afuera esperaba un coche, en cuyo portaequipajes fueron colocadas las dos maletas de Sharon. De su maletín se hizo cargo el que la había llevado del brazo, y, en cuanto el hombre que había esperado al volante del coche puso éste en marcha, lo abrió y comenzó a examinar su contenido. Cosas de mujeres: maquillaje, cepillo para el cabello, carmín, pañuelos, unos pequeños prismáticos... El hombre miró con curiosidad los prismáticos.

—¿Iba al teatro? —preguntó.

Sharon no contestó. El hombre siguió revolviendo el contenido del maletín, y hurgó en el fondo, buscando algún compartimiento secreto que, si existía, no supo localizar. Cerró el maletín y miró a Sharon.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—A Kingston, no a un lugar tranquilo, donde conversaremos sobre cierto microfilme.

—¿Un microfilme? ¿De qué está hablando?

El hombre se quedó mirándola fijamente, muy serio. De pronto, sonrió, y puso una mano sobre el muslo de Sharon. Antes de que ésta tuviera oportunidad de comentar nada al respecto, el hombre pellizcó la tersa carne con dos dedos, salvajemente. Un pellizco horrible, atroz, que hizo lanzar un grito a Sharon; las lágrimas asomaron a sus ojos debido al dolor.

—Esto no es nada —dijo el hombre—. Espere a que podamos hacerle el tratamiento completo y verá como deja de hacerse la tonta. Y hablando de tontos...

Sin decir más, el hombre se volvió a mirar por el cristal zaguero. El que iba al otro lado de Sharon dijo algo en ruso, recibió respuesta, y el que conducía entró en la conversación, también en

ruso.

—Supongo que nos ha entendido —dijo el del pellizco, en inglés.

—No... No.

—Vamos, vamos... ¿No habla usted el ruso?

—No.

—Absurdo. Pero no importa. Nosotros hablamos el inglés lo suficientemente bien para que usted nos entienda. ¿Cuántos hombres y mujeres la están respaldando a usted en este viaje?

—No lo sé.

—Tiene que saberlo. Debieron decírselo antes de salir de Estados Unidos, ¿no?

—Bueno, me... me dijeron que tendría la ayuda necesaria, pero no especificaron de qué ayuda se trataba.

El hombre se quedó mirándola fijamente. Volvió a mirar hacia atrás. De nuevo se enzarzaron los tres en una conversación en ruso, y finalmente el del pellizco informó:

—Parece que esta vez su ayuda no ha sido eficaz. Nadie nos sigue. Y será mejor así..., para usted y para todos. Mire, señorita Varney, nosotros queremos el microfilme que usted transporta hacia Haití, y le sugiero que vaya pensando en la conveniencia de entregárnoslo por las buenas. ¿Me comprende?

Sharon permaneció en silencio. El hombre encogió los hombros, y se dedicó a ir mirando hacia atrás y a cambiar impresiones en ruso con sus compañeros. Sharon se dio cuenta de que estaban dando vueltas, porque pasaron nada menos que tres veces por el mismo sitio. Luego, salieron a un camino de tierra, dieron más vueltas, regresaron a la carretera, de nuevo al mismo camino de antes, luego a otro...

El sujeto del pellizco la miró una vez más:

—Decididamente, esta vez no ha tenido usted suerte.

El coche continuó circulando durante unos veinte minutos más, ahora por caminos de tierra exclusivamente. Por fin, se detuvo delante de un pequeño chalé que parecía abandonado, o, cuando menos, deshabitado. Un minuto más tarde los cuatro entraban en el chalé, dentro del cual, en efecto, se notaba ese inconfundible tono vacío de ausencia humana.

Sharon fue conducida a la salita, y uno de los rusos abrió un poco las persianas, permitiendo la entrada del resplandor solar. El

del pellizco preguntó a Sharon:

—¿Conoce algunos nombres rusos?

—Sí... Algunos.

—Diga tres de ellos.

—Boris... Iván... Píotor.

—¡Qué imaginación! —ironizó el ruso—. Bueno, yo soy Píotor, ése es Iván y ese otro Boris. Es para entendernos en la conversación. Ahora, señorita Varney, ¿quiere entregarnos el microfilme?

—No tengo ningún microfilme, ustedes se equivocan. Es... es cierto que soy de la C.I.A., pero...

La bofetada, en pleno rostro, la dejó sentada en el suelo, con la cabeza como llena de pajarillos y las faldas hasta la cintura. Píotor se colocó ante ella, la agarró por los brazos, y la puso en pie de un tirón.

—Desnúdese —ordenó.

CAPÍTULO V

Sharon, que tenía una mano en la mejilla golpeada, respingó fuertemente, y retrocedió un paso, muy abiertos los ojos llenos de lágrimas.

—No... ¡Eso no! —exclamó histéricamente.

—No sea estúpida —gruñó Píotor—. ¿Cree que vamos a perder el tiempo violándola y tonterías de esas? Queremos sus ropas, todo lo que lleve encima. Absolutamente todo. A menos que nos entregue en el acto el microfilme, sin más complicaciones.

—Ustedes... ustedes me matarán cuando lo tengan —susurró Sharon.

—¿Por qué habríamos de matarla? Queremos el microfilme, usted no nos interesa por sí misma ni viva ni muerta. Oiga, no sé si es usted así de tonta o pretende tomarnos el pelo. Si es tonta, no comprendo cómo la metieron en esto, de modo que debo pensar que intenta burlarse de nosotros y que es una chica lista. Demuéstrelo: entrégume el microfilme que está esperando su jefe residente en Port-au-Prince.

—Me matarán —insistió Sharon—. ¡Sé que de todas maneras me matarán!

—Podemos hacerle cosas mucho peores que matarla, y usted *lo sabe*. No nos obligue a ello, señorita Varney.

Sharon se quedó mirándolo fijamente. Pareció que fuese a quedarse así, inmóvil y como hipnotizada para toda la eternidad, y tal vez fue por eso que su súbita reacción sorprendió a los tres agentes rusos... Saltó de pronto hacia Píotor, y mientras éste, gritando, iniciaba una reacción, le golpeó en el centro del pecho con el puño derecho.

Y no fue, ciertamente, un puñetazo cualquiera, más o menos

fuerte, sino un *tsuki* de karate que a Píotor le pareció el impacto de una barra de hierro capaz de atravesarlo de parte a parte. No lo atravesó, pero sí lo derribó de espaldas casi desvanecido, sintiendo un dolor insoportable en su interior, como si algo se estuviese desgarrando allí bajo los efectos de una explosión.

Mientras tanto, Sharon Varney no había perdido ni un segundo, y su siguiente paso la llevó ante Boris, que lanzó una exclamación y saltó hacia atrás, sacando la pistola de bajo su axila izquierda. El pie que iba dirigido a sus genitales pasó rozando su vientre y silbó ante su rostro, y, debido al impulso formidable que llevaba, hizo saltar a Sharon perdiendo el equilibrio. Cayó de rodillas, giró la cabeza, y vio a Iván acercándose impetuosamente. Se apartó de un salto, y el pie de Iván, que iba dirigido a su hígado, pasó silbando, mientras el ruso perdía también levemente el equilibrio.

Sharon se puso en pie de un salto, y corrió hacia la puerta. Boris convergió allí con ella, alzando la pistola sobre su cabeza..., y recibió en la barbilla un codazo de delante atrás y de abajo arriba que lo dejó sentado en el suelo con la sensación de que su barbilla se había partido en mil pedazos. Un poco más allá, Píotor se estaba poniendo en pie, con los ojos encendidos de furia...

—¡Quieta! —gritó Iván, esgrimiendo su pistola—. ¡Quieta o...!

Sharon Varney no le hizo caso. Sabía que no la iban a matar..., no, al menos, hasta tener el microfilme, así que continuó su carrera hacia la puerta. Iván soltó una maldición en ruso, corrió tras ella, y cuando Sharon comenzaba a abrir la puerta le golpeó con la pistola en los riñones. Sharon emitió un alarido, y cayó de rodillas, golpeándose el rostro contra la puerta. El dolor era sencillamente insufrible.

Y a este dolor se sumó enseguida el del patadón que recibió en el costado izquierdo. Ni siquiera tuvo fuerzas para gritar. Cayó de costado, con el aliento cortado, los ojos desorbitados... Junto a ella se movían los pies de los rusos, se oían sus maldiciones ahogadas. La agarraron de los cabellos y de un brazo, y la arrastraron hacia la salita, donde la alzaron entre dos. Sus piernas le parecían de trapo.

El congestionado rostro de Píotor apareció ante sus ojos como entre brumas.

—Esto lo vas a pagar caro —jadeó Píotor—. ¡Te vamos a enseñar a jugar a espías! ¡Nos vas a entregar el microfilme, y luego te

arrepentirás de haber nacido!

Sharon sacudió la cabeza, y la imagen de Píotor se aclaró. Aspiró hondo en un jadeo entrecortado, y murmuró:

—No... ¡No! Se... se lo entregaré, pero no... no me hagan daño...

Píotor extendió la mano derecha.

—Maldita imbécil... ¿Qué necesidad tenías de complicar tanto las cosas? ¡Venga, entrégamelo!

Iván y Boris soltaron los brazos de Sharon, y ésta comenzó a desabotonarse la blusa con manos temblorosas. De pronto, arrancó uno de los botones de la blusa, y se lo llevó a la boca; pero lo hizo con tanta precipitación que se le escapó de los dedos y cayó al suelo.

Los tres rusos quedaron petrificados un instante por la sorpresa, pero reaccionaron rápidamente en cuanto Sharon, gritando, se dejaba caer de rodillas para recoger el botón. El pie de Píotor cayó sobre éste, aplastándolo, y Boris empujó a Sharon apartándola de allí, y apresurándose a sujetarla de nuevo, siempre ayudado por Iván.

Durante unos segundos Píotor se quedó mirando incrédulamente a la muchacha. Incluso estaba un poco pálido. Luego, se acuclilló ante el aplastado botón, y se quedó mirando la diminuta cantidad de polvillo de color verdoso... Se incorporó y se plantó otra vez ante Sharon.

—Debes ser una de esas malditas fanáticas que hay en todos los servicios de espionaje —susurró—. Pero no te preocupes, si lo que quieres es morir, vas a conseguir tu deseo. Pero escúchame bien: o me entregas de una maldita vez ese microfilme o tu muerte va a ser espantosa. Y te advierto que se han terminado las contemplaciones. Dispones de tres segundos para entregármelo.

—Tengo... tengo que... Necesito unas pinzas que hay en mi maletín...

Píotor asintió, y poco después entregaba las pinzas a Sharon. Ésta terminó de quitarse la blusa, y acto seguido los sujetadores. Los tres rusos se quedaron mirando los bellísimos pechos de la espía americana sin la menor emoción ni gesto alguno de deseo. Simplemente, querían el microfilme.

Utilizando cuidadosamente las pinzas, Sharon Warney procedió

a despegar una pequeña peca que se veía en la curva interna del seno izquierdo. No era más grande que la cabeza de un alfiler. Bajo la muy interesada mirada de los espías rusos retiró la peca con las pinzas, y la mostró.

Ni siquiera tenía necesidad de decir nada. Pitor se hizo cargo de las pinzas, cuidado de que la falsa peca no cayera, y fue a mirarla al trasluz solar. Farfulló algo, se apartó de la ventana, y se acercó a una lamparita de pie, cuya bombilla encendió. Colocó la peca ante la bombilla, y la estuvo mirando casi medio minuto. Por fin, moviendo la cabeza, procedió a dejar caer la peca-microfilme en su pañuelo, que dobló cuidadosamente y se guardó. —Quedaros con ella— murmuró en ruso—: yo voy a entregar esto y volveré.

—¿Qué haremos con ella? —preguntó Iván.

—Te lo diré cuando vuelva. Atadla bien, no quiero más complicaciones.

Dicho esto, Pitor abandonó la salita, a los pocos segundos la casa, y otro poco después se oyó el zumbido del motor del coche alejándose. Boris e Iván se quedaron mirando atentamente a Sharon, que encogió un poco el pecho, pareció no saber qué hacer, y, finalmente, recogió el sujetador y se lo puso, haciendo lo mismo acto seguido con la blusa.

—Busca algo para amarrarla —dijo Boris.

* * *

Casi dos horas más tarde, los tres oyeron el zumbido de un motor, que se iba acercando.

—Ahí viene —dijo Boris, poniéndose en pie.

Atada a una silla, Sharon Varney lo miró. Se sentía desalentada. Por supuesto, ella había hecho su parte del trabajo, pero las perspectivas no eran precisamente tranquilizadoras. ¿Dónde estaba Siete? ¡Aquel presuntuoso...! Lo habían burlado desde el aeropuerto, eso era todo. Así que estaba verdaderamente en poder de los rusos, sin ninguna posibilidad de...

—No es él —dijo Boris—. Es una camioneta.

Iván se puso en pie rápidamente, y se acercó a la ventana. En efecto, una vieja camioneta se acercaba a la casa. Los dos rusos se miraron, con clara expresión de alarma. No tenían necesidad de

hablar para comprenderse: aquella camioneta podía estar llena de agentes de la C.I.A., era muy simple.

Volvieron a mirarse. Iván susurró:

—Si son de la C.I.A. la cosa se va a complicar. Pero tenemos a la muchacha..., y ellos no querrán que muera, supongo. Les advertiremos que...

—Es una monja —susurró Boris.

Iván parpadeó, y miró de nuevo hacia la camioneta, que se detenía en aquel momento frente a la casa. Al volante, en efecto, iba una monja, que paró el motor y miró hacia la casa.

—Tal vez sea una monja —gruñó Iván—, pero dentro de la camioneta pueden estar los de la C.I.A.

—Quédate con la chica. Yo saldré a echar un vistazo a la camioneta, y si son ellos les haré comprender la situación. No dispararán si me ven salir sin armas en la mano. Tranquilo, ¿de acuerdo?

—¿Cómo demonios han podido llegar hasta aquí, cómo nos han encontrado?

—Es sencillo: o han cazado a... a Píotor, o nos estamos preocupando por nada. No nos pongamos nerviosos.

Iván se quedó ante la ventana, pero colocado de modo que no pudiesen alcanzarle las balas si el tiroteo llegaba a producirse. La monja había salido de la camioneta, y caminaba hacia la casa con expresión preocupada... Boris salió, y acudió a su encuentro. Iván vio la expresión de alivio en el rostro de la monja, que enseguida dijo algo. Boris llegó ante ella, quedando de espaldas a Iván, que sí veía el rostro de la monja. Vio la sorpresa en el rostro de ésta, que se volvió a mirar hacia la camioneta, y de nuevo miró a Boris. Asintió, muy desconcertada, y ella y Boris caminaron hacia el vehículo, cuyas puertas de atrás abrió. Boris echó un vistazo, y acto seguido miró sonriente a la monja. Ella señaló la casa.

Boris pareció titubear, pero acabó por asentir, y dio la vuelta, emprendiendo el regreso hacia la casa, rápidamente, seguido con cierta torpeza por la monja. Iván oyó a Boris entrar, y éste apareció enseguida ante la puerta de la salita.

—Es una monja de verdad —dijo rápidamente—. Se ha perdido, y quiere un poco de agua y que le indique el camino. Asegúrate de que la americana no grita.

Cerró la puerta. Iván se acercó a Sharon, sacó un pañuelo, y la amordazó, sin darle tiempo a nada. Luego la miró hoscamente.

—Siga así, quieta y sin armar escándalo. No querrá que nos carguemos a una monja, ¿verdad?

Sharon no reaccionó. A través de la puerta de la salita oyeron la voz de Boris, hablando en inglés. Evidentemente, conducía a la monja a la cocina. Todavía no tranquilo del todo, Iván volvió ante la ventana, para mirar más allá de la camioneta. No había nada inquietante a la vista. Una monja. Bueno, lo mejor era lo que estaba haciendo su compañero, sin duda; indicarle amablemente el camino, darle un vaso de agua, y aquí no ha pasado nada.

Tan absorto estaba en sus pensamientos y mirando hacia lo lejos, que Iván ni siquiera se dio cuenta de que la puerta de la salita se abría. Tardó todavía tres o cuatro segundos en darse cuenta de que el sonido ambiental de la salita era diferente. Entonces sí miró hacia la puerta, vivamente...

—Las manos sobre la cabeza —dijo la monja.

Iván quedó petrificado, paralizado de cuerpo y mente. Enseguida, pensó en su pistola, metida en la funda axilar. Pero, acto seguido se fijó en la firmeza con que la monja empuñaba su arma provista de silenciador. Lentamente, colocó las manos sobre su cabeza.

—Acérquese —ordenó la monja—. Si retira las manos de ahí le mataré.

Iván se acercó, despacio. Sharon contemplaba la escena con los ojos muy abiertos... Esperaba lo que iba a suceder a continuación: la monja ordenaría a Iván que se volviese de espaldas, para golpearle en la cabeza y aturdirlo..., y quizá Iván esperaba lo mismo y tenía algún truco que...

Pero no sucedió así.

Debía ser una monja muy mala, porque lo que hizo, en cuanto Iván estuvo a su alcance, fue propinarle un escalofriante puntapié entre las ingles. Iván lanzó un aullido, saltó, y cayó de rodillas, llevándose las manos al lugar golpeado. La monja dio un largo y felino paso hacia él, alzó la pistola, y la dejó caer con medida fuerza sobre la cabeza del ruso, que se desplomó sin sentido.

Sin mirar siquiera a Sharon, la monja salió de la salita. Regresó a los pocos segundos, arrastrando a Boris sujetándolo por el cuello

de la chaqueta con una sola mano. Lo dejó junto a Iván, y entonces miró a Sharon. Una sonrisa divertida apareció en su rostro.

—Caramba, la señorita Varney —dijo—. ¡Qué sorpresa!

Se acercó a ella, le quitó la mordaza, y comenzó a desatarla. Sharon aspiró profundamente, y casi gritó:

—¡Creí que no podría encontrarme!

—Yo nunca fallo. En cuanto esté suelta ayúdeme a atar a estos muchachos rusos. Los quiero muy bien empaquetados.

Los dos «paquetes» estaban listos siete u ocho minutos más tarde. La monja se cargó a Iván con toda facilidad sobre un hombro, y salió de la casa. Regresó al poco, se cargó igualmente a Boris, y dijo:

—Vámonos de aquí.

—¿Adónde?

Siete se limitó a mirar amablemente a la muchacha, la tomó delicadamente de un brazo, y salieron de la casa. Ocuparon los asientos delanteros de la camioneta, en la cual, atrás, yacían todavía sin sentido Boris e Iván.

—¿Adónde? —dijo entonces Siete—. Bueno, lógicamente, puesto que le han quitado el microfilme, usted debería regresar a Estados Unidos, pero vamos a seguir la comedia hasta el final, así que iremos a Haití..., persiguiendo el microfilme. Nada de fallos.

Sharon, que estaba asintiendo, preguntó:

—¿Cómo me encontró? Sé que no pudo seguirnos cuando...

—Le voy a dar la versión oficial —explicó Siete, poniendo en marcha la camioneta y arrancando—: Los compañeros de la C.I.A. que la esperaban a usted en el aeropuerto la vieron llegar, pero los rusos se adelantaron y la capturaron. Temiendo que la matasen o que si se organizaba un tiroteo muriesen personas que nada tienen que ver con esto, decidieron aceptar de momento la situación y seguirlos a ustedes para atrapar a los rusos en mejores condiciones. Pero, en efecto, los rusos consiguieron despistarnos por estos caminos. No obstante, seguimos dando vueltas por aquí, buscando su coche, y, por fin, lo vimos aparecer por un camino. En ese coche iba un solo ruso, que capturamos con relativa facilidad, y al que obligamos a decirnos dónde estaba usted. Lamentablemente, cazamos al ruso cuando volvía de entregar el microfilme, así que, aunque la hemos recuperado a usted sana y salva, hemos perdido el

microfilme. Pero, claro está, no perdemos la esperanza de recuperarlo. ¿Lo ha entendido?

—Sí, sí. Ésa es la versión oficial, pero... ¿Cuál es la auténtica?

—La auténtica es que siempre tuvimos bajo control a los rusos, pero claro está, teníamos que permitir que entregase el microfilme. De todos modos, ahora los someteremos a un interrogatorio feroz para que nos digan a quién han entregado el microfilme y dónde está. ¿Lo comprende?

—Claro.

—Claro —sonrió la monja—. ¿Ha pasado mucho miedo? —Francamente, sí.

—Eso es lo normal, querida. Tiene la cara un poco inflamada... Espero que no le hayan causado males mayores.

—No... No. Yo... lo he hecho bien, ¿no es cierto? Incluso he recurrido al truco del falso botón de cianuro.

—Lo ha hecho bien —asintió Siete—. Pero no se envanezca demasiado. De todos modos, admito que ha tenido usted mucho valor.

—Oh, bueno —dijo un tanto irónicamente Sharon—, teniendo siempre cerca a mi ángel de la guarda no tenía por qué preocuparme demasiado. Oiga... Usted parece... parece realmente una monja, Siete.

—Es lo que yo digo siempre: las cosas, o se hacen bien o no se hacen.

—Oh, claro. ¿Cómo iremos a Haití?

—En avión particular, naturalmente, A partir de este momento la C.I.A. debe dar la impresión de que despliega sus grandes medios para recuperar ese microfilme sea como sea. Lo siento por nuestros tres prisioneros, que van a pasarlo un poco mal.

—¿Lo siente por ellos? Son nuestros enemigos, ¿no?

—Lo son. Pero, querida, igual que nosotros, ellos están haciendo su trabajo. Ahí vienen nuestros compañeros de la C.I.A..

Sharon miró hacia donde había señalado brevemente Siete, y vio los dos automóviles apareciendo por otro camino que convergía con el que ellos seguían. A los pocos segundos, los dos automóviles y la camioneta se detenían. La monja saltó ágilmente de la camioneta, y se acercó a uno de los hombres, que a su vez se había apeado de un automóvil. Estuvieron conversando cosa de medio minuto, y la

monja regresó a la camioneta.

—Baje —se dirigió a Sharon—: iremos atrás, con los rusos.

Sharon se apeó. Un agente de la C.I.A. se acercaba. Pasó junto a ella y Siete guiñó alegremente un ojo a éste, y subió a la cabina de la camioneta. La monja y Sharon entraron en la caja, y cerraron las puertas. La camioneta reanudó la marcha. En su interior, a la luz de las cuadradas y altas ventanillas de las puertas, Sharon miraba atentamente a Siete.

—Evidentemente, usted no es un novato en estas cosas —murmuró.

—Más bien no.

—Quizá yo le parezca un poco... tonta.

—Claro que no. Hay un refrán español que tiene su poco de guasa y que dice que la experiencia es la madre de la ciencia. Yo lo digo de otra manera: la experiencia es la madre de la supervivencia.

—Me gustaría verlo tal como es, Siete. ¡Dios mío, no he visto jamás a nadie con su facilidad para el disfraz! Ya no sé si es alto, o bajo, o rubio, o moreno...

—Soy guapo, inteligente y valiente —rió Siete—. Y si se porta bien, quizá le permita verme tal como soy... cuando esto haya terminado. Ahora es mejor que no hablemos más, por si alguno de estos colegas está despierto y se las da de listo escuchando la conversación. A lo peor, o usted o yo decíamos algo inconveniente.

Sharon asintió, y ya no dijo nada más.

Casi media hora más tarde, la camioneta se detuvo. Las puertas de atrás fueron abiertas, y Sharon vio a dos hombres, que se apresuraron a hacerse cargo de los rusos, a los que metieron en una casa de aspecto agradable, ubicada cerca de la playa. No se habló apenas. Cada cual parecía saber muy bien lo que tenía que hacer. Incluso, todo estaba dispuesto para un almuerzo rápido y no poco tardío, cuya sola visión recordó a Sharon Varney que tenía apetito.

Entre unas cosas y otras, debían ser casi las cinco de la tarde cuando la monja y Sharon fueron al dormitorio donde, sólidamente atados, los tres rusos yacían en una sola cama. Era un espectáculo que rozaba lo grotesco.

—Ustedes tres —dijo Siete, sin pararse en preliminares— pueden morir o pueden vivir, según acepten la situación. Lo cierto es que su situación es muy mala, pero puede empeorar si no contestan a mis

preguntas. ¿Está claro?

Ninguno de los rusos contestó. Pero estaba claro y bien claro. Siete asintió, y formuló la primera pregunta:

—¿A quién entregaron el microfilme que le quitaron a mi compañera?

—A un compañero nuestro —murmuró Pitor.

—Eso es evidente. ¿Qué compañero y dónde está ahora?

—Escuche, lo que ustedes quieren es recuperar el microfilme, ¿no es eso? —masculló Pitor.

—Exactamente.

—Pues olvídenlo. Ya no es posible. Nuestro compañero partió con él en avión hacia Haití, y en estos momentos ya debe haberlo entregado.

—¿A quién?

—A nuestro jefe en Haití, naturalmente... Con seguridad que ustedes saben muy bien quién es, del mismo modo que mis compañeros de Haití deben conocer a la mayor parte de agentes de la C.I.A. en ese país.

Siete miró a uno de los hombres de la C.I.A., con gesto interrogante. El espía asintió: claro que conocían al jefe del espionaje ruso en Haití. Siete miró de nuevo a Pitor.

—Vamos a aclarar esto —dijo fríamente—. Es casi normal que unos espías se conozcan a otros, pero eso sucede sólo con los agentes del montón. De modo que su jefe de Haití es sólo la cabeza visible de su red en ese país. Tiene que haber allá otro jefe, el auténtico, que lo dirige todo. Y es a ese jefe a quien será entregado el microfilme, o bien, a uno de los agentes especializados que, a su vez, lo entregará al jefe no visible. Nosotros trabajamos así, y lógicamente ustedes hacen lo mismo. ¿Cierto?

—Sí.

—Bien. ¿Quién es el jefe auténtico, el que no conocemos, y dónde podemos hallarlo?

—Usted sabe perfectamente que nosotros no sabemos eso..., del mismo modo que nosotros no sabemos quién es el auténtico jefe de la C.I.A. en Haití. De modo que si quieren saber quién es el auténtico jefe tendrán que preguntárselo al cabeza visible de la isla. ¡Y no me diga que no me cree!

—Está bien. Nos las arreglaremos de otro modo en eso. Pero hay

una pregunta que sí exige una respuesta clara e inmediata por parte de ustedes: ¿cómo supieron que mi compañera viajaba hacia Haití y que llevaba un importante mensaje microfilmado?

—¿Está bromeando? —exclamó Píotor—. ¡Nosotros no sabemos eso tampoco! ¡Se nos dieron unas instrucciones, eso es todo! Y digo instrucciones, no explicaciones.

—Lo evidente es que ustedes disponen de un informador importante dentro de la C.I.A., un informador que les avisó del viaje de mi compañera. Quiero saber quién es.

—¡Maldita sea, le digo que no sabemos eso! Escuche, ustedes pueden arrancarnos la piel a tiras, pero hay cosas que no les diremos, por la sencilla razón de que no las sabemos. Mire, yo puedo facilitarle pequeñas informaciones, pero no sé nada de ese nivel... Somos agentes corrientes. ¿Cree que se nos informa de asuntos de importancia?

Teníamos que hacer un trabajo, eso es todo.

Siete estuvo medio minuto mirando de uno a otro ruso, inescrutable la expresión. De pronto dio la vuelta y salió del dormitorio. Sharon y el jefe del grupo de agentes de la C.I.A. salieron en su pos, y ya en la salita, Sharon comentó:

—Ha hecho muy bien la comedia de no saber quién es nuestro traidor en la C.I.A., Siete. Pero... ¿de qué servirá?

—Servirá para que los rusos crean que a ese traidor no lo tenemos identificado, y lo seguirán utilizando... para beneficio nuestro.

—Es decir, que dejaremos marchar a estos rusos.

—Cuando todo termine, sí. —Siete miró apaciblemente a Sharon—. ¿Tal vez deberíamos matarlos?

—Me pregunto qué habrían hecho ellos conmigo —murmuró Sharon.

—Buena pregunta. Bien, aquí ya no tenemos necesidad de hacer más comedia, así que partiremos cuanto antes hacia Haití. ¿Está todo preparado? —Miró al jefe de la C.I.A. en Jamaica.

—Todo preparado. Pueden estar en Port-au-Prince al anochecer.

—Mientras tanto, naturalmente, nuestros compañeros de allá estarán advertidos y dando la impresión de que, avisados por nosotros de que el microfilme ha sido enviado allá, lo están buscando desesperadamente.

—Claro.

—Perfecto. Recojamos las cosas de la señorita Varney y vamos a donde nos está esperando ese avión. Espero que, mientras tanto, las cosas estén debidamente encauzadas en Haití...

CAPÍTULO VI

Hacía pocos minutos que había anochecido cuando la avioneta particular tomaba tierra en el aeropuerto de Bowen, distante un par de kilómetros de Port-au-Prince, la capital haitiana.

Los dos únicos pasajeros, la monja y la bella señorita Varney, fueron recogidos por un automóvil que se los llevó rápidamente de allí. Al volante de ese automóvil iba un hombre; junto a él, otro, de más edad, que se volvió para encararse a Siete y Sharon, sentados atrás.

—Nuestra opinión —dijo— es que todo está funcionando perfectamente. Al menos, nosotros estamos haciendo lo necesario para ello. Creemos que en estos momentos los rusos ya deben estar obteniendo copias ampliadas del microfilme.

—Pero no han conseguido identificar al jefe oculto —dijo Siete.

—Eso no, lo siento.

—No importa demasiado. Lo que sí importa es que los rusos hagan copias del microfilme y se enteren de su contenido.

—Lo sabremos muy pronto, porque en cuanto lo hayan hecho querrán liquidar a André Lebel. Lo cual no les será fácil, ya que, fieles a nuestro juego, hemos colocado algunos hombres protegiéndole..., pero que, naturalmente, no podrán impedir que los rusos se lo carguen. Lo siento por Lebel, pero el juego es el juego.

—¿Y si no intentan matarlo? —preguntó Sharon.

—Tienen que hacerlo —dijo Siete—. Una cosa es hacer intercambio de agentes, o sea, recurrir a los famosos canjes de espías, y otra cosa es dejar vivo a un traidor.

—Sí, entiendo. Pero sea como sea, lo cierto es que ha quedado demostrado que Fernand Magritte es leal a los Estados Unidos, ¿no es así?

—Evidentemente. Pero por si todavía quedara algún margen de duda, lo que debemos hacer nosotros es avisar a Fernand Magritte de que André Lebel, que trabaja para nosotros, ha sido descubierto por los rusos por culpa del microfilme. Si Magritte, aunque ya no parece así, fuese adicto a los rusos, les avisaría, confirmando así la supuesta traición de Lebel a favor nuestro. Pero si Magritte es leal como parece, nosotros estamos obligados a advertirle de que Lebel ha sido descubierto, por si él hubiera tenido alguna clase de relaciones comprometedoras con Lebel, y hubiera que tomar precauciones, ya que cabe temer que los rusos, antes de matar a Lebel quieran interrogarlo, en cuyo caso Fernand Magritte podría estar en apuros, al enterarse los rusos de que ha estado o está en relaciones con la C.I.A.

—¿No es todo un poco complicado?

—Tal vez, pero cumple nuestros dos objetivos: convencernos de que Magritte es leal a Estados Unidos y eliminar a un agente de los rusos que si no ahora mismo más adelante sí podría causarnos problemas. En fin, para que todo siga sus cauces debemos advertir a Fernand Magritte..., pero claro, ahora muy discretamente, sin que los rusos se enteren de que la C.I.A. envía a alguien a hablar con Magritte, en cuyo caso nada habría servido de nada, pues a partir de ese momento estaría bajo vigilancia y control..., y ya no nos serviría para nuestros futuros planes.

—Sí, sí, entiendo. Y me pregunto quién va a hablar con Fernand Magritte tan discretamente.

—¿Se le ocurre alguien que esté capacitado para hacerlo? —Casi rió Siete.

—Oh, ya lo creo: usted. No tengo la menor duda de que conseguirá una entrevista con Magritte sin que se enteren los rusos.

—Ésa es la idea. Mientras tanto, veamos qué hacen los rusos con respecto a Lebel..., si es que ya han revelado y obtenido copias ampliadas del microfilme.

* * *

Vladimir Galitzin levantó por fin la cabeza, dejando de contemplar las fotografías ampliadas una por una y procedentes del pequeño punto que había parecido una peca. Junto a las fotografías

había unas páginas mecanografiadas, en inglés, que Contenían el mensaje ya descifrado.

Posó su mirada en Ilyenko, el agente especializado que servía de enlace entre él, como jefe oculto de la red rusa en Haití, y el jefe visible, el que conocían los americanos.

—Admirable técnica fotográfica —dijo fríamente—, aunque ya tienen cuarenta años de antigüedad, que no es poco. ¿Debemos creer que los americanos no disponen de otros medios más sofisticados y actuales de comunicación?

—Por supuesto que disponen de otros medios. Pero tal vez temen que los tengamos bajo control, y han decidido utilizar un medio que, aunque viejo, es todavía válido... y muy seguro. De no haber sido por nuestro hombre en Washington jamás habríamos sabido nada de este mensaje.

—Este mensaje —puso Galitzin una mano sobre los folios— me convencería mucho más si mencionase claramente el nombre del haitiano que está dispuesto a negociar con los americanos. Pero, mientras que todo lo demás está bien claro, el nombre de ese sujeto no aparece en forma alguna; han utilizado una clave hermética, es decir, que le denominan simplemente x, con lo que no hay modo de que nadie se entere de su nombre aunque descifre la clave del mensaje global. Es X, y eso es todo. Puede ser cualquier haitiano.

—Claro.

—En cambio, aparece bien claro que nuestro André Lebel está en realidad trabajando para los americanos.

—Algún fallo tenían que cometer.

Vladimir Galitzin frunció el ceño. Tenía cincuenta y seis años, y llevaba casi treinta en el espionaje soviético.

—No creo que se trate de un fallo —gruñó.

—¿Qué?

—Que son unos malditos hijos de perra: nos obligan a eliminar a Lebel.

Ilyenko permaneció unos segundos como aturdido. Por fin, murmuró:

—¿Quieres decir que el mensaje es falso?

—Lo falso es que Lebel nos esté traicionando con los americanos. Nos han tendido una trampa, eso es todo. Es cierto que aquí se nos hacen revelaciones diversas sobre las actividades de la

C.I.A. en esta área del Caribe, pero fundamentalmente se nos obliga a matar a Lebel, al mencionarlo bien claramente como agente doble favorable a los americanos.

—Pero... No comprendo. Si los americanos desean que matemos a Lebel, ¿por qué lo tienen protegido en estos momentos?

—Porque forma parte de la trampa. Estoy seguro de que Lebel no tiene la menor idea de que en estos momentos está acordonado por hombres de la C.I.A. que, aparentemente, protegen su vida. Y digo aparentemente porque estoy seguro de que si vamos a matar a Lebel lo conseguiremos. La C.I.A. tendrá otro fallo.

—Pero esto es absurdo —se resistió Ilyenko—. Si la C.I.A. quiere que Lebel muera sólo tiene que enviar a uno de sus especialistas a matarlo. ¿Para qué tanto jaleo?

El más que veterano Vladimir permaneció pensativo largo rato antes de murmurar:

—Puede que yo me esté equivocando, que me esté pasando de listo, pero creo que lo que han hecho los americanos es una doble jugada. Por un lado, nos facilitan pequeñas informaciones auténticas, y por el otro lado nos ponen en la picota a André Lebel. Pero lo que ellos quieren saber básicamente es si nosotros tenemos relaciones con su hombre llamado x. Es decir, que no acaban de fiarse de él. Así que sacrifican una aceptable información, como contrapartida nos obligan a matar a Lebel... y, según lo que hagamos, ellos obtendrán unas u otras conclusiones.

—Perdona, Vladimir, pero... no lo entiendo muy bien.

—Yo sí. Aunque ya te digo que puedo equivocarme... Pero por si acaso, vamos a seguir el juego de los americanos, a ver hasta dónde lleguen.

—¿Quieres decir que vamos a sacrificar a Lebel aunque no esté de parte de los americanos?

—Una cosa es cierta: esté o no esté de parte de los americanos, lo indudable es que Lebel ha sido detectado por ellos como colaborador nuestro. Es decir que de todos modos ya no nos servirá de nada en el futuro. Por lo tanto, vamos a sacrificar a Lebel, vamos a seguir el juego, a ver qué pasa. También tendremos que retirar toda nuestra red visible de agentes, demostrando así que los protegemos de las relaciones de Lebel.

—Si retiramos a todos nuestros hombres no vamos a quedar

ciegos en Haití, Vladimir

—Durante una temporada, así será —dijo duramente Galitzin—. Tengo la impresión de que tras esta jugada se mueve uno de los «genios» de la C.I.A. Sí, nos dismantela toda la red durante una buena temporada, es cierto, pero... vamos a darle una lección que nunca olvidará.

—¿A qué te refieres?

Galitzin replicó con otra pregunta:

—¿Cómo nos comunicamos con Lebel habitualmente?

—Simplemente, por teléfono. Pero no podemos hacerlo ahora, porque la C.I.A. o bien lo ha intervenido o bien se las ha arreglado para colocarle algunos micrófonos en su apartamento.

—Ya cuento con ello —sonrió Galitzin—. ¡Naturalmente que cuento con ello! Creo que disponemos de un viejo pesquero llamado *Le Bijou*, ¿no es así?

—Sí, en efecto.

—¿Podemos colocar en él una carga explosiva con mecanismo de mando a distancia, una carga que haga pedazos ese pesquero?

—Por supuesto.

—La vamos a colocar. Y tiene que ser cuanto antes. ¿Puedes conseguirlo en una hora?

—Claro.

—Bien. Pero será mejor que no vayas tú personalmente, sino otro camarada, que al mismo tiempo ordenará a los del pesquero que lo abandonen. Debe quedar vacío. Entonces, avisáis a Lebel por teléfono para que se presente en el pesquero urgentemente... Os preguntará qué ocurre. Se lo decís: que la C.I.A. puede descubrirlo y detenerlo de un momento a otro, pero que nosotros queremos sacarlo del apuro, y que acuda al pesquero inmediatamente tomando toda clase de precauciones. Le decís también que con él van a escapar de Haití dos jefes importantes de nuestro grupo, por si acaso, y que él debe esperarlos en el pesquero... No, no. Así no. Le decís que dos jefes importantes de nuestro grupo le están esperando en el pesquero, escondidos, aunque parezca que no hay nadie a bordo. ¿De acuerdo?

—Sí, pero... Bueno, no es cierto que habrá alguien esperándolo, ¿no?

—No, no es cierto —sonrió Galitzin—. Pero los americanos no lo

saben.

—Entonces, si reciben esa información escuchando nuestra conversación con Lebel con toda seguridad irán al pesquero para capturar a nuestros dos jefes que...

—Exactamente. Acudirán al pesquero como moscas a la miel. Y cuando estén dentro del pesquero, a solas con Lebel, creerán que los dos jefes aún no han llegado, pero que van a llegar de un momento a otro. Y lo que llegará será la explosión de la carga.

—Eso costará la vida a varios agentes de la C.I.A..

—Ellos nos han desmantelado a nosotros, ¿verdad? Pues nosotros vamos también a desmantelarlos a ellos. Encárgate de todo... Y mucho cuidado, porque en esta ocasión los americanos disponen de un cerebro director sobre el terreno nada despreciable.

—En ese caso quizá no caigan en la trampa.

—Entonces, de todos modos eliminamos a Lebel. Pero me gustaría mucho que esa trampa funcionase. Sí, me gustaría darle en las narices a ese cerebro director que la C.I.A. tiene que haber enviado a Haití.

* * *

El joven negro se volvió hacia la puerta de la salita donde había sido introducido momentos antes, y se quedó mirando a Fernand Magritte, que se quedó en el umbral, mirándolo a su vez especulativamente.

—Entre y cierre la puerta, señor Magritte, por favor —dijo el negro.

Magritte obedeció. No parecía del todo tranquilo, sin embargo, contemplando a su visitante. Mediana estatura, vestido con unos viejos tejanos y un raído jersey oscuro, cortos cabellos rizados... Parecía uno de tantos negros haitianos que no tienen donde caerse muerto. Ciertamente, no encajaba en la salita, ni en la magnífica casa que Fernand Magritte poseía en la Avenue Bertier, rodeada de un pequeño pero frondoso y muy agradable jardín.

—¿Quién es usted? —preguntó por fin Magritte.

—Ya se lo he dicho a su criado: alguien que forma parte de su importante futuro. Y usted lo ha entendido bien, ¿no es así?

Magritte se acercó más al negro, y entonces se dio cuenta de la

superchería. El visitante no era negro, sino que se había teñido las manos y el rostro. Magritte palideció levemente.

—¿Está loco? —murmuró—. Cualquiera que se acerque a usted comprenderá enseguida que no es negro.

—Pero yo no permitiré que cualquiera se acerque lo suficiente, señor Magritte. Y de lejos, de noche, cualquiera me tomaría por un negro auténtico. La única persona que podría delatarme es su criado, y él no lo hará, ¿verdad?

—No... No. Escuche, doy una fiesta en casa, la tengo llena de invitados...

—Lo sé. Precisamente por eso me he decidido a venir yo personalmente: cuanta más gente haya menos llama uno la atención. Aunque de todos modos habría venido yo, pues el contacto era importante y urgente. ¿Conoce usted a un tal Lebel? André Lebel.

—Sí... Sí, sí, le conozco. Es un sujeto bastante interesante, que va en busca de alguna oportunidad en la política. Poca cosa, no está preparado para grandes empresas..., me parece a mí.

—¿Qué clase de relaciones tiene usted con él?

—¿Relaciones? Ninguna. Bueno, nos hemos visto algunas veces, hemos charlado de cosas sin importancia. Y nunca a solas, siempre en reuniones o alguna que otra fiesta. No forma parte de mi círculo de amistades ni personales ni políticas. Si así fuese estaría en casa ahora. ¿Por qué me habla de Lebel?

—Es un agente ruso.

La mirada del elegante y casi impresionante Fernand Magritte quedó fija en los oscuros ojos del falso negro.

—¿Está usted seguro? —susurró.

—Por completo. Pero al mismo tiempo trabaja también para nosotros. Es lo que llamamos un agente doble, y hasta el momento ha sido bastante eficaz. Lamentablemente, lo vamos a perder de un momento a otro, pues los rusos o se han enterado ya o se van a enterar pronto de que les ha estado engañando.

—Bien... No sé qué decir. Lo siento, claro. Pero no comprendo...

—Nuestra preocupación consiste en lo que pudo usted conversar con Lebel, señor Magritte. Tenemos que haya podido ser una de las personas con las que usted contara para el futuro, en cuyo caso todo estaría perdido, pues Lebel, lógicamente, habría informado a los

rusos si nos hubiera estado engañando a nosotros y no a ellos,

—Si yo hubiera comentado algo de nuestros proyectos a Lebel —replicó un tanto acremente Magritte—, él ya se lo habría dicho a ustedes, ¿no le parece?

—Si en efecto fuera leal a nosotros, sí. Pero no lo habría hecho si fuera leal a los rusos.

—Escuche, no entiendo sus galimatías de espionaje —se estaba irritando visiblemente Magritte—, pero sí entiendo de discreción. Ni con Lebel ni con nadie he hablado de nada relacionado con nuestro asunto. Sería absurdo. Soy un hombre de grandes ambiciones personales y políticas, ustedes me eligieron por eso, y sé perfectamente que con su ayuda puedo llegar a lo más alto en mi país. ¿Cree que arriesgaría todo eso por unos segundos o unos minutos de charla con cualquiera? ¿Tan imbécil me Green?

—No se enfade —sonrió el negro—. Teníamos que cerciorarnos, señor Magritte, tanto por la seguridad de nuestros proyectos como la de usted mismo.

—Sí, claro... Bueno, perdone. Pero me ha irritado que pudieran pensar que soy un cretino charlatán.

—Evidentemente, no lo es. Gracias, señor Magritte. Y no le molesto más, siga con su fiesta... ¿Qué celebra?

—Nada en particular. Es una de tantas fiestas en busca de amistades y relaciones importantes. En lo que a mí respecta lo estoy haciendo todo lo mejor posible, ¿sabe?

Me alegra mucho eso. Nosotros hemos tenido un... pequeño tropiezo, pero lo arreglaremos. Usted no se preocupe por nada y siga su camino. De todos modos, si en algún momento tuviera dificultades, díglele a su contacto habitual con nosotros que avise a Siete. Yo entenderé.

—¿Usted es Siete?

—Sí. Mire, voy a ser franco con usted: hemos perdido un microfilme en el que se menciona a un personaje haitiano que más adelante estaría en disposición propicia para ayudar a la C.I.A., es decir, a Estados Unidos...

—¡Por el amor de Dios...! ¿Qué quiere decir que han *perdido*...?

—Tranquilícese. No consta ningún nombre, sólo una X. Es lo que llamamos una clave hermética. x puede ser cualquiera. Sin embargo, como en ese microfilme también había instrucciones para

uno de nuestros jefes a fin de que iniciara las relaciones preliminares con usted, es decir, con x, esas relaciones deberán posponerse por una temporada, y enfocar el asunto de otro modo.

Fernand Magritte estaba lívido, casi temblaba de rabia.

—¿Quiere decir que por la ineptitud de ustedes ya no van a contar conmigo?

—Señor Magritte, usted sabía perfectamente que esas instrucciones estaban en camino, ¿no es cierto?

—Sí... ¡Pero jamás se me ocurrió que pudiera haber alguien tan inepto como para perder un microfilme!

—No lo perdió —gruñó Siete—: se lo quitaron. Sabían quién y cómo viajaba hacia Haití con ese microfilme.

Fernand Magritte se quedó mirando con ojos saltones a Siete.

—Maldito sea —jadeó—. ¿Está insinuando que yo delaté el envío de ese microfilme?

—Eso sería una idiotez. Usted sólo tenía que esperar a que el microfilme llegara a nuestro jefe para conocer todas las instrucciones y propuestas con destino a usted procedentes de Washington. Es claro que no ha sido usted, nosotros estamos seguros. Ha tenido que ser alguien de Washington, un traidor, al que localizaremos a su debido tiempo. Mientras tanto, simplemente, como ya le he dicho, usted siga su camino, y a su debido tiempo, ya normalizada la situación, reanudaremos el proyecto. ¿Le parece bien?

—Sí. Sí, por supuesto. ¿Saben quién es el traidor?

—No..., pero lo sabremos. Y a tenor de lo que él nos diga cuando le interroguemos, enfocaremos de nuevo el asunto. Es razonable, ¿no cree?

—Desde luego.

—Eso es todo. —Siete sonrió—. Que se divierta, señor Magritte. No le estrecho la mano porque le ensuciaría de tizne negro la suya.

Segundos más tarde Siete salía de la casa. Frente a ésta, en el jardín, había varios automóviles, y otros, que no habían cabido en el jardín, en la avenida, frente a la casa.

Dos criados que cuidaban los coches, uno de los cuales había introducido antes a Siete en la casa, se quedaron mirándolo mientras caminaba hacia donde había dejado la bicicleta. Desde la casa llegaba la música.

Siete montó en la bicicleta, y pedaleó por el sendero hacia la salida, sonriendo ceñudamente.

—Apuesto a que es una bonita fiesta —murmuró.

Salió a la avenida, y se alejó... Apenas llevaba pedaleando tres minutos cuando tras él sonó un claxon. Siete arrimó la bicicleta al bordillo, se apeó, y la plegó. El coche se detuvo frente a él, se apeó un hombre que abrió el maletero y metió dentro la bicicleta, y luego volvió al volante. Siete ya se había metido en la parte de atrás del coche, sentándose junto a Sharon Varney, que le miró con expresión divertida. El coche arrancó. El hombre sentado junto al conductor se había vuelto hacia el asiento de atrás.

—¿Cómo se lo ha tomado? —preguntó.

—Se ha enfadado un poco, pero lo he dejado tranquilo.

—Nosotros tenemos una noticia importante —dijo Sharon.

—¿Sí? —La miró Siete—. ¿Qué noticia?

—Es referente a André Lebel —dijo el jefe de la C.I.A. en Haití, siempre vuelto hacia el asiento de atrás—. Le han llamado por teléfono para darle ciertas instrucciones.

—Y hemos escuchado la conversación —sonrió Siete—. Bien, ¿qué instrucciones le han dado?

—No van a liquidarlo. Le han dicho que la C.I.A. puede cazarlo de un momento a otro, y que querían evitarlo.

—¿Eso han hecho los rusos? —exclamó Siete.

—Sí. Han indicado a Lebel que salga del edificio donde tiene su apartamento del modo más discreto posible, para que no sea detectado si la C.I.A. ya está merodeando por allí, y que fuese a un pesquero llamado *Le Bijou*, donde le están esperando dos jefes importantes del espionaje ruso en la isla, para marcharse con él. Los tenemos asustados.

Siete miraba fijamente al otro.

—¿Ha salido Lebel del edificio?

—Claro. Lo hemos dejado salir, y los nuestros le están siguiendo. Los llevará directos al pesquero: lo vamos a cazar junto con dos jefes del...

—¡Claro que no! —exclamó Siete.

—¿No? Pero podemos cazar a dos jefes...

—¡Eso es una tontería! ¿Podemos comunicarnos con los muchachos que están siguiendo a Lebel?

—Naturalmente.

—Hay que decirles ahora mismo que no se les ocurra acercarse a ese pesquero a menos de cincuenta metros. ¡Ahora mismo!

—Pero... Bueno, si asaltan el pesquero...

—¡He dicho *ahora mismo*!

Sharon Varney miraba de Siete al otro a medida que hablaban. No dejó de sorprenderse cuando el otro, simplemente, murmuró:

—Como usted diga: *ahora mismo*.

CAPÍTULO VII

El pesquero *Le Bijou* estaba amarrado de estribor al muelle. Había luz en su interior, pero no se veía a nadie en la cubierta. Si alguien había en la embarcación debía estar dentro, así que no podía ver lo que sucedía alrededor del pesquero.

Y alrededor del pesquero sólo sucedía una cosa normal: una figura oscura que emergió de pronto junto al casco, por el lado de babor, ocasionando un leve movimiento en las quietas aguas. Luego, durante medio minuto, la figura permaneció inmóvil, flotando junto al casco. Finalmente, lanzó hacia arriba el pequeño anclote de lancha ligera de cuyo extremo de sujeción pendía una cuerda con nudos.

Arriba, en la borda, se oyó el impacto del anclote, y enseguida éste cayó con fuerte chapoteo en el agua. La figura se movió lo justo para recuperar por medio de la cuerda el sumergido anclote. Esperó un minuto, por si algo había cambiado en la cubierta del pesquero, pero nada lo indicó así. De modo que lanzó el anclote con más fuerza. Esta vez, el anclote pasó por encima de la borda, y quedó colgando hacia la cubierta. La figura tiró hasta que el anclote se clavó en la borda, tensó la cuerda, y comenzó a subir por ella, mano tras mano, sin utilizar los pies apoyándolos en los nudos.

En diez segundos, su cabeza apareció por la borda. Tres segundos más tarde, sin despegarse de la borda, como formando parte de ésta, la figura se dejaba caer suavemente en la cubierta, por la que se arrastró hacia la entrada al interior del pesquero. Aquí, se detuvo, sacó la pistola con silenciador de la bolsa de plástico, la empuñó, y continuó arrastrándose. Se acuclilló al llegar a la escalera, y bajó de este modo, con ágiles movimientos simiescos, sin hacer el menor ruido, pero dejando manchas de agua

que chorreaba de sus pantalones tejanos y su raído jersey oscuro.

Abajo, con un viejo periódico en las manos, André Lebel intentaba leer para amortiguar su impaciencia. Y su temor. Si había sido descubierto por los americanos como agente de los rusos, la cosa estaba mal, muy, muy mal...

—Lebel.

El sonido de su nombre lo sobresaltó. Miró vivamente hacia la escalera que conducía a cubierta, y respingó al ver allá al negro. Un negro extraño, grotesco, pues tenía manchas blancas en el rostro. O al revés, manchas negras en su rostro blanco... Estaba chorreando, y su cabellera era un desastre. Además, estaba torcida...

—No intente nada —aconsejó Siete—, porque si lo hace le mataré. En cambio, si me obedece salvará la vida.

La pregunta por parte de André Lebel era reglamentaria:

—¿Quién es usted?

—Siete, de la C.I.A.. ¿Va usted armado?

—Claro que no —jadeó Lebel, pálido.

—De acuerdo. Quítese la chaqueta y los zapatos y sígame. No se incorpore en ningún momento, y rebase la borda del modo que le indicaré, cuélguese de ella, y déjese caer al agua. Luego, nade junto a mí. Nos están esperando.

André Lebel tragó saliva, y negó con la cabeza.

—No iré con usted, no... ¡No lo haré!

Como quiera. En ese caso me voy yo, le dejo aquí solo, y que Dios se apiade de su alma.

—¿Va a matarme?

—Yo no: los rusos. Escuche, no es momento de conversaciones, de modo que o me sigue inmediatamente o le dejo aquí a su suerte.

—¡Son ustedes quienes quieren matarme, no los rusos!

—¿Sí? Entonces, dígame. —Siete le apuntó firmemente al pecho —: ¿por qué no le mato ahora mismo?

—¿No va a hacerlo?

—No. Sólo quiero conversar con usted. A cambio de ello, le ofrezco su vida. ¿Qué decide?

André Lebel volvió a tragar saliva, se pasó la lengua por los labios, y acto seguido comenzó a quitarse los zapatos. Acto seguido se quitó la chaqueta, de la que retiró sus cosas, que pasó a los bolsillos del pantalón. Cuando miró de nuevo a Siete, se dio cuenta

de que también estaba descalzo, y que sus pies eran blancos. Es decir, que era un blanco.

—Vamos, vamos —apresuró Siete— sospecho que hay una carga explosiva en este barco.

Lebel respingó fuertemente, y se apresuró a correr hacia la escalera. Siete le precedió, sin preocupación alguna. No era de un tipo como Lebel de quien debía preocuparse en una lucha que sería absurda. Salieron arrastrándose a la cubierta, Siete metió de nuevo la pistola en la bolsa de plástico, y señaló la borda.

—No rebase la línea de la borda más que para pasar por encima de ella en horizontal, como si formase parte del barco, y descuélguese. Cuanto menos ruido hagamos mejor.

¿Puede nadar bajo el agua?

Lebel asintió, mudo, verdaderamente asustado.

—Sumérjase y nade hacia el pesquero que está a proa de éste. Luego, entre el pesquero y el muelle, siga nadando alejándose de aquí. Yo iré detrás de usted. Lebel: no cometa locuras, haga exactamente lo que le digo.

—Sí... Sí, sí.

Un minuto más tarde, Lebel y Siete estaban en el agua, se sumergieron ambos, y quince segundos después emergían en el lugar conveniente. Continuaron nadando entre los pesqueros y el muelle, hasta encontrar una escala de hinchada madera, por la que Siete ascendió en primer lugar. Sólo se oía el leve chapoteo del agua, en aquel lugar.

Ya en lo alto de la escala, Siete se volvió, haciéndole señas a Lebel, que subió rápidamente, jadeando. Siete se irguió, él hizo lo mismo..., y el coche oscuro apareció.

Cuando André Lebel vino a darse cuenta estaba viajando en coche alejándose del puerto. Su aspecto no podía ser más derrotado. Y su actitud mental, tampoco.

* * *

—No lo entiendo —refunfuñó Ilyenko, tras mirar un reloj—. ¡Han tenido tiempo de sobra de apoderarse del pesquero! ¿Qué es lo que están esperando?

Vladimir Galitzin miró al joven Ilyenko, e hizo una mueca.

—Se lo han llevado —murmuró.

—¿Qué? ¿A quién?

—A Lebel. Los americanos se lo han llevado del pesquero. Tenemos que localizarlo cuanto antes y eliminarlo.

—Pero... ¿de qué estás hablando? Todos nuestros compañeros están vigilando el pesquero, y sabemos que Lebel está dentro, esperando. ¡No comprendo qué están esperando los de la C.I.A. para capturarlo! Es decir, en subir al pesquero creyendo que dos de nuestros jefes...

—No han caído en la trampa. En cambio, se han llevado a Lebel, estoy seguro. Llama a nuestros compañeros y diles que vuelen el pesquero. Debemos dar la impresión de que creemos que Lebel sigue dentro, y que con su muerte nos damos por satisfechos y tranquilos.

—Pero, Vladimir, si los americanos se hubieran llevado a Lebel los nuestros los habrían visto abordar el pesquero... ¡No les habrían dejado llevárselo, habrían hecho explotar la carga!

—No sé cómo, pero se lo han llevado. Y tenemos que encontrarlo. El mejor modo es simular que lo matamos y que, lógicamente, ya no nos preocupamos por él. Pero inmediatamente procederemos a buscarlo como sea... Quizá en su apartamento encontremos algún indicio. Ordena que vayan un par de muchachos allá. Podrán hacerlo sin problemas, pues toda la C.I.A. está vigilando el muelle. Cuando vean volar el pesquero en pedazos creerán que damos por muerto a Lebel y que nos vamos. Pero lo buscaremos. Pasa esas órdenes.

—¡No puedes estar seguro de lo que dices!

—Seguro, no. Pero tengo noventa y nueve probabilidades entre cien de acertar. Ya te he dicho que este asunto no lo está llevando personal corriente de la C.I.A. Disponen de alguien... especial, lo sé —de pronto el veterano espía ruso sonrió—. Bueno, hacía tiempo que no lo pasaba bien con mi trabajo. De cuando en cuando es conveniente encontrarse con un adversario de la talla suficiente para que nos haga recordar que la rutina es lo más nocivo que hay en el espionaje. Casi me gustaría... conocer a su agente especial. Da la orden para que vuelen el pesquero.

La explosión llegó, amortiguada, hasta el pequeño chalé, y en la ventana apareció, por un instante, un rojo resplandor. André Lebel, que estaba sentado en un sillón envuelto en una manta, alzó vivamente la cabeza, respingando, y enseguida miró a Siete, que ahora vestía unos pantalones que le venían algo grandes, una vieja cazadora, y llevaba una gorra de pescador, de lona. Sus cambios de aspecto habían dejado de impresionar a Lebel.

Pero la explosión sí lo impresionó.

Ni siquiera tuvo tiempo de decir nada. Todavía se escuchaba el lejano eco de la explosión cuando el jefe de la C.I.A. en Haití sacó su radio de bolsillo, que había emitido un zumbido de llamada.

—¿Sí? —murmuró.

Han volado el pesquero. Lo han hecho pedazos, ha saltado en astillas. Ahora hay fuego en dos barcos próximos. Se ha organizado un jaleo tremendo en el muelle.

—¿Ha aparecido por ahí algún ruso?

—No. Evidentemente, era una trampa contra nosotros, pero se han impacientado, o han comprendido que nos hemos olido el juego y han decidido liquidar a Lebel, simplemente. ¿Qué hacemos?

El jefe de la C.I.A. miró a Siete, que murmuró:

—Que desalojen la zona.

La orden fue pasada, la comunicación terminada. André Lebel miraba a Siete, y también a la silenciosa e impresionada muchacha rubia que a su vez miraba al imprevisible y metamórfico agente de la C.I.A. Éste se sumió en hondas reflexiones durante un par de minutos, antes de decir, mirando a Lebel:

—Además de los agentes rusos que nos ha mencionado, tiene que haber un jefe especial en ese grupo, Lebel. Alguien que ha estado dirigiendo en la sombra al jefe local.

Ese hombre *sabe* que usted no está muerto, y...

—¿Cómo que lo sabe? —exclamó Sharon—. ¡No *puede* saberlo!

—Lo sabe. Pero ha querido hacernos creer que considera muerto a Lebel. Ahora se ocuparán en buscarlo... muy discretamente. Y quizá lo encuentren. Pero si usted nos dice quién es y dónde podemos encontrarlo, Lebel, nosotros lo quitaremos de en medio, y no tendrá nada que temer.

—No sé quién es, ni dónde está —susurró Lebel—. ¡Lo juro!

—Podemos localizar a los rusos de nuevo —dijo el jefe de la

C.I.A.—, y alguno de ellos...

—No —negó Siete—. Ninguno de esos agentes rusos saben quién es ni dónde está el verdadero jefe. Ni siquiera debe saberlo el jefe visible. Deben utilizar comunicación por radio, o quizá utilizan un intermediario desconocido en Haití por los nuestros. Y todo esto significa lisa y llanamente que los rusos tenían un proyecto muy importante en Haití. Tan importante, que ese hombre no descansará hasta eliminar a Lebel. ¿Qué sabe usted de ese importante proyecto, Lebel?

—Nada... ¡Nada! Les he dicho todo lo que sé, no soy más que un informador que trabaja por dinero.

—Usted tiene que saber algo —insistió Siete—, pues de otro modo no habrían hecho explotar el pesquero. Lo han hecho para que nosotros creamos que ellos se han creído que usted ha muerto, a fin de buscarlo con más comodidad. Quieren eliminarlo, y eso significa que usted sabe algo importante.

—No... Le juro que no. ¡Se lo diría!

Siete se quedó mirándolo con severa fijeza. Por fin, susurró:

—Si no lo sabe ahora es algo que sabría en determinado momento. Tal vez al ver a alguien o enterarse de algo recién sucedido... Por eso quieren matarlo, ahora más que nunca. Pero está bien, si usted dice que no sabe nada, voy a creerle.

Y no tengo más remedio que tenderle una trampa a nuestro desconocido enemigo de primera categoría.

—Si le tiende una trampa quizá pueda capturarlo vivo —dijo Sharon.

—No —negó con la cabeza Siete—. A ése no le cazaré nadie con vida. No es de los que usaría botones con falso arsénico, jovencita. Lo usará de verdad si ve las cosas mal dadas. Están tramando algo... algo grande en Haití, lo sé. Algo relacionado con nosotros, con nuestros proyectos de colocar un hombre adicto a los Estados Unidos en la presidencia de este país. Y han enviado a un agente especial. Debe ser un veterano capaz de todo, frío, calculador... El me ha detectado también a mí, desde luego.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Sharon.

—Ese hombre es implacable. Estaba dispuesto a hacer explotar un pesquero lleno de agentes de la C.I.A. si nosotros hubiéramos caído en la trampa. No tiene inconveniente alguno de asesinar en

masa o individualmente. Y los rusos no recurren a esta clase de agente si el asunto no es extremadamente importante. ¿Qué puede ser? Desde luego saben algo, o se han olido algo..., y sobre eso, ellos están tramando algo a su vez...

Siete dejó de hablar, y se sumió de nuevo en meditaciones, observado por la pasmada Sharon Varney, cuya capacidad de deducción estaba sin duda por debajo de la de Siete.

Y al parecer, lo mismo le ocurría al jefe de la C.I.A. en Haití, y a los dos agentes que le acompañaban. En cuanto a Lebel, estaba mortalmente asustado.

Las reflexiones de Siete duraron esta vez no menos de tres minutos, transcurridos los cuales miró de pronto a Lebel, y dijo, sonriendo fríamente:

—Debe estar usted muy incómodo así, envuelto en una manta. Le traeremos algo de ropa de su apartamento, Lebel.

Éste quedó estupefacto. Sharon se puso en pie de un salto, pálida.

—¿Estás loco?! —exclamó—. ¡Si los rusos realmente quieren matarlo estarán vigilando su apartamento!

Siete miró amablemente a la muchacha.

—¿De modo que por fin vamos a tutearnos? Me parece bien. Y ahora, dime si has oído antes de ahora esta frase: si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá a la montaña.

—Dios mío... ¡Te matarán!

—Los rusos tontos, tal vez lo harían. Un ruso listo no lo hará: se le ocurrirá algo mejor. Y lo siento por él —se echó a reír de pronto—. ¡Lo voy a poner en serios apuros!

* * *

Ilyenko miraba desconcertado a Vladimir Galitzin, que estaba sumido en sombríos pensamientos. Ilyenko no entendía todavía al veterano Galitzin: les acababan de informar por radio que un hombre vestido estrafalariamente había entrado en el edificio donde André Lebel tenía su apartamento, y que no parecía ni de lejos la persona que pudiera tener allá un apartamento de lujo. Evidentemente, era un enviado de la C.I.A., que iba a recoger algo en el apartamento de Lebel. Seguramente, los micrófonos o

escuchas telefónicos.

Como fuese, *tenía* que ser de la C.I.A., de modo que si realmente la C.I.A. tenía vivo a André Lebel, todo lo que tenían que hacer era capturarlo y obligarle a decirles dónde habían escondido a Lebel, qué les había dicho éste... ¡No comprendía de ninguna manera a Vladimir!

—Bueno —se impacientó definitivamente Ilyenko—, ¿qué les digo? ¿Lo cazan o no lo cazan?

—Estoy pensando —murmuró Galitzin.

—¿En qué? ¡Es nuestra oportunidad de saber si tienen o no a Lebel!

—Tenerlo, lo tienen. Pero todavía no les ha dicho nada...

—¿Cómo puedes saber eso?

—Hay dos posibilidades. Una, que no lo tengan y que vayan a su apartamento en busca de algo, enviando por delante a ese solitario agente para ver qué hacemos nosotros..., si es que todavía estamos por aquí. Dos, que sí lo tengan, que hayan comprendido que estamos preparando algo importante, y que, al no decírselo Lebel, estén poniéndonos un cebo... para atraernos. Quieren cazar una pieza más grande —de nuevo sonrió ampliamente el veterano espía ruso—. Me quieren a mí.

—¿A ti? ¡Ni siquiera saben que existes!

—No saben quién soy, pero ya lo creo que saben que existo: *él* lo sabe. O debería saberlo. Aunque quizá le estoy concediendo excesiva inteligencia. Quizá todo sea pura y simplemente lo que parece. O eso, o tengo delante a un enemigo digno de ese nombre. Me ha puesto en un dilema. ¿Y sabes por qué?

—Ni siquiera sé de qué estás hablando.

—Ocurre que *él* sabe que yo sé que en determinado momento Lebel verá algo que para ellos será revelador. O recordará algo. Y *él* sabe que yo sé eso. Así que me está tentando para que salga de mi escondrijo. O esto, o, como he dicho antes, todo es lo que parece. ¡No sé qué hacer!

—Pues tendrás que decidirte pronto, o ese tipo que ha entrado en el edificio se irá con los micrófonos o lo que sea... ¡Ya vuelven a llamar! —La radio había emitido un zumbido, e Ilyenko la atendió en el acto—. ¿Sí?

—El hombre acaba de salir. Se aleja a pie, tal como llegó. Lleva

ahora una maleta. Ilyenko miró expectante a Galitzin, que suspiró:

—Que lo sigan.

—¿No lo capturaran?

—No. Que lo sigan adonde quiera que vaya. Sólo eso.

—Lleva una maleta.

—Sí. O tienen a Lebel de verdad, o, como sea, quieren hacernos creer que lo tienen yendo a su apartamento a buscarle algunas cosas. Muy lógico, si tenemos en cuenta que sólo pudo marcharse por el agua... Que lo sigan. Diles que preparen un micro-dardo y que envíen un coche a recogernos.

—¿Vas a salir?

—No tengo más remedio. En realidad, si él fuese todo lo inteligente que yo creo lo que tendría que hacer es marcharme inmediatamente de Haití. Pero quiero... conservar la esperanza de que no sea tan inteligente. Y de todos modos, esté él jugando conmigo o no, los dos sabemos que no puedo marcharme de Haití dejando vivo a André Lebel. Maldito sea —dijo Vladimir, riendo de pronto, para mayor sorpresa de Ilyenko—, ¡tengo ganas de verle la cara!

* * *

Dos manzanas por detrás de la Avenue Bertier, Siete llegó donde había dejado la bicicleta encadenada a un árbol. Retiró la cadena después de colocar la maleta como pudo en el pequeño portaequipajes de detrás del asiento, y la bajó a la calzada. Subió al sillín y comenzó a pedalear. Era ya bastante tarde, y apenas se veían transeúntes, aunque sí algunos automóviles. Todavía funcionaban reglamentariamente los semáforos. Al detenerse ante uno de éstos, Siete giró un poco el torso y bajó la cabeza, como para mirar el pedal izquierdo. Por detrás de él vio el oscuro automóvil.

Prosiguió su camino.

Podían suceder dos cosas. Una, que le siguieran hasta el final. Dos, que en cualquier momento recibiese unos cuantos balazos en la espalda.

Pero cuando llegó al chalé no había sucedido ni una cosa ni otra. Es decir, no le habían disparado, y, al parecer, el oscuro automóvil había dejado de circular tras la bicicleta. O eso, o había apagado

todas las luces y se mantenía a una distancia verdaderamente conveniente.

CAPÍTULO VIII

André Lebel terminó de vestirse con las ropas que Siete le había traído, y miró al jefe de la C.I.A., que le contemplaba hoscamente.

—Ya... ya estoy —murmuró el haitiano.

—Salga.

Regresaron los dos a la salita, donde los dos agentes de la C.I.A., Sharon y Siete esperaban en silencio. El jefe de la C.I.A. fue a decir algo, pero Siete se llevó un dedo a los labios, se acercó a él, y le susurró al oído:

—Hace unos minutos han disparado un dardo a la ventana: nos están oyendo. Un micrófono dardo, se entiende. Sígame la conversación.

El otro asintió. Siete dijo entonces, con toda naturalidad:

—De acuerdo, Lebel. Me inclino a creer que no es usted tan estúpido como para habernos mentido, y que de momento no recuerda nada. Pero está claro que sabe más de lo que dice, así que en la Central se encargarán de sacárselo.

—¿Quiere decir... que me van a torturar? —jadeó Lebel.

—No del modo que usted parece temer. Simplemente, va a ser sometido a un... escrutinio de su mente después de ser drogado, para decirlo de un modo simple. Estoy seguro de que bajo los efectos de determinada droga su subconsciente nos ofrecerá datos muy interesantes. Están preparando una avioneta, con la que le sacaremos de aquí.

Dentro de quince minutos nos pondremos en marcha. Mientras tanto, reflexione. ¿Tenemos algo para beber?

Los dos agentes de la C.I.A. habían captado ya la situación. Uno de ellos sacó una botella de *whisky* y otra de ron de un pequeño bar, y la ofreció a Siete, que bebió un cortísimo trago, pasándosela acto

seguido a Sharon, que negó con la cabeza. Bebieron los de la C.I.A. Siete se sentó en un sillón y encendió un cigarrillo. Cuando lo terminó, dijo:

—Llame a ver cómo está la avioneta.

El jefe asintió, y utilizó la radio, efectuando la llamada.

—¿Sí? —le respondieron en el acto.

—Siete quiere saber si está ya lista la avioneta.

Hubo un brevísimo instante de silencio de más al otro lado. Pero enseguida, el comunicante dijo:

—Estará lista dentro de cinco minutos. Ahora iba a llamaros yo.

—Bien. Vamos para ahí.

—*Okay*.

La comunicación terminó. Siete se puso en pie.

—Preparen el coche. Andando, Lebel.

* * *

Ilyenko volvió sus ojos hacia Galitzin, que vio la blancura de la córnea en la oscuridad.

—Van a salir —susurró.

Galitzin asintió, y se volvió hacia los dos hombres que esperaban tendidos junto a él en el suelo.

—Preparad las granadas. El coche tiene que pasar por aquí.

Los dos agentes rusos colocaron cada uno una granada en el extremo del rifle especial. Por entre los árboles, a cierta distancia, observaron cómo se apagaba la luz de la casa que habían estado vigilando a distancia. Hubo unos segundos de silencio. Luego llegó claramente el seco chasquido de una portezuela al cerrarse, acto seguido otra... Rugió el motor de un automóvil. Se encendieron las pequeñas luces de posición, y enseguida los faros. El motor del coche rugió con fuerza, las luces cambiaron de posición, algunos árboles quedaron iluminados.

A los pocos segundos los dos ojos amarillentos aparecieron en el camino. El rumor del motor del coche se oía ahora suavemente.

—Preparados a mi voz —susurró Galitzin.

Los dos rusos se echaron el rifle al hombro. El coche se iba acercando. Galitzin frunció el ceño. Le habría gustado verle la cara al llamado Siete, que sin duda era quien daba las órdenes, su

auténtico enemigo de envergadura, el cerebro pensante: *él*, en definitiva.

Pero no quería riesgos. Nada de un tiroteo. Un par de granadas solucionarían la cuestión.

Lebel moriría, y con él los demás ocupantes del coche, incluido Siete. Lástima...

El coche estaba ahora a menos de treinta metros.

—Disparad —ordenó Galitzin.

Se oyeron los estampidos ahogados de los dos disparos, casi al mismo tiempo.

A poco más de veinte metros ahora, el coche que se acercaba recibió también casi al mismo tiempo el impacto de las dos granadas, y en el acto reventó estruendosamente y se convirtió en una alta e intensa bola de fuego que se alargó artísticamente hacia el cielo, desprendiendo una columna de humo negro que pareció rojo.

El automóvil se retorció, crujió, lanzó alrededor los cristales convertidos en relucientes diamantes diminutos que perforaron la vegetación a su alcance... El depósito de la gasolina reventó acto seguido, y la llamarada aumentó en intensidad y altura, y la cantidad de humo negro aumentó también. El coche había saltado, y una de sus ruedas se desprendió y se alejó rodando...

—¡Vámonos! —gritó Galitzin, incorporándose.

—Deberíamos mirar... —empezó Ilyenko.

—¡No puede haber quedado nadie vivo ahí dentro! ¡Vámonos!

Echaron a correr los cuatro, alejándose del formidable incendio. En cuestión de segundos llegaron al coche que habían dejado escondido, y se metieron dentro.

—¡A toda velocidad al lugar donde nos recogerá el helicóptero! —gritó Galitzin.

El ruso que se había sentado ante el volante puso el motor en marcha, y apretó el pedal del gas. El coche se movió apenas. El ruso lanzó una maldición.

—¿Qué pasa? —exclamó Ilyenko.

—¡No lo sé, el coche no...!

—¡No salgan del coche! —Les llegó la orden, en perfecto ruso—. ¡Permanezcan dentro hasta que les ordenemos salir!

Ilyenko palideció. Los dos rusos que iban en el asiento delantero

se volvieron a mirar a Galitzin, que vio sus rostros enrojecidos por el resplandor del incendio. Por un instante, la mente de Galitzin había quedado en blanco, pero reaccionó rápidamente.

—Las ruedas del coche están pinchadas —jadeó—. Han debido...

—¡Tiren todas sus armas fuera del coche! —ordenó la misma voz en ruso—.

¡Háganlo inmediatamente! *Todas* sus armas.

—¿Qué hacemos? —jadeó Ilyenko.

Galitzin lo miró. A la luz roja del incendio su rostro aparecía rojo y anguloso; sus facciones, tensas, tenían una cierta expresión diabólica y, al mismo tiempo, divertida. Cruelmente divertida. Habían sido muchos años en el espionaje, muchos... Demasiados. Había tirado demasiado de la cuerda, y ahora ésta se había roto. Demasiados años. Debió retirarse hacía un par de años, cuando tuvo la oportunidad al recibir aquella oferta de sus jefes...

—¡Tiren las armas fuera del coche o vamos a empezar a disparar! —Llegó de nuevo la orden.

—¿Qué hacemos? —insistió Ilyenko.

—¿Y lo preguntas? —murmuró Vladimir Galitzin.

Sacó su pistola, la empuñó firmemente, y salió del coche, corriendo hacia la espesura... En alguna parte, cerca de él, sonaron dos disparos. Galitzin recibió una de las balas en el muslo izquierdo, y cayó rodando hacia delante, pero de su boca no brotó ni siquiera un gemido. Por detrás de él se inició el tiroteo al salir del coche los otros tres rusos, disparando sus armas. Tendido boca abajo en el suelo, Galitzin oyó los gritos de dolor por entre los estampidos de disparos.

Tras él sonó otro grito de dolor, mucho más cerca. Se volvió, y vio a Ilyenko de pie, detenido, con las manos crispadas en el pecho. Sólo veía su figura, no los detalles. Ni siquiera veía sus ojos, pues ahora Ilyenko estaba de espaldas al resplandor del incendio. Pero oyó su voz:

—Vladim...

Vladimir disparó dos veces, y su camarada Ilyenko saltó hacia atrás emitiendo un agudo grito que, más que dolor, expresaba incompreensión. Pero el grito cesó enseguida. El cadáver del ruso rebotó en la tierra..., mientras Galitzin se ponía en pie y reanudaba

su huida, cojeando, notando el calor de la sangre deslizándose pierna abajo...

—Quédese donde está —oyó la misma voz en ruso.

Galitzin giró, y disparó en aquella dirección. Las balas crujieron contra un árbol, arrancando corteza y frescas astillas. Eso fue todo. Pero no para Galitzin, que recibió otro balazo, ahora en el muslo izquierdo. Cayó de nuevo, siempre en silencio, pálido como un muerto. Y desde el suelo, sentado ahora, disparó hacia donde había visto el leve fogonazo del disparo. Esta vez la bala se perdió zumbando en la distancia...

Alrededor del coche de los rusos ya no se oía nada, tras el breve tiroteo. Pero de pronto llegó la voz, en inglés:

—¡Vamos para allá!

—¡No! —gritó Siete, tras el grueso árbol—. ¡No, no...!

Vladimir Galitzin lanzó una exclamación que pareció de triunfo, giró dejándose caer de bruces, y apuntó hacia donde había sonado la voz en inglés. Había comprendido ya que Siete no quería matarle. Claro que no. Lo quería vivo. Así que se despreocupó de él y apuntó hacia donde de un momento a otro tenía que aparecer algún atolondrado agente de la C.I.A. corriendo para ayudar a Siete.

En realidad, lo que estaba buscando Vladimir Galitzin era que lo matasen. O eso, o él iba a matar a todos los agentes de la C.I.A. que se le pusieran a tiro.

Consiguió lo primero.

En el mismo instante en que aparecía un agente de la C.I.A. y Galitzin se disponía a disparar contra él, Siete aparecía por un lado del árbol y disparaba una sola vez. La bala alcanzó a Vladimir Galitzin en la sien derecha, y lo mató en el acto, arrancándole aquella parte de la cabeza. Ni siquiera gritó. Saltó como sacudido por una descarga eléctrica, rodó, y quedó tendido cara al follaje de los árboles, por entre los cuales se filtraban lívidas luces estelares.

El agente de la C.I.A. que llegaba corriendo saltó hacia un lado, quedó tendido de bruces apuntando hacia delante, y, de pronto, se dio cuenta del súbito silencio.

Cuando Siete apareció acercándose a él, se puso en pie lentamente. Estaba lívido.

—Lo siento —murmuró—. Creí que él tenía las de ganar, y...

—Ya no importa —dijo Siete. Marchémonos de aquí cuanto

antes, pues no tardará en llegar gente atraída por el incendio. ¿Ha quedado alguno vivo?

—No... Salieron como enloquecidos, disparando. Bueno, tuvimos que... pararlos, no nos dieron opción.

Siete asintió, y fue a reunirse con Sharon Varney, que estaba algo alejada, armada con una pistola con la que mantenía a raya a André Lebel. Aunque no hacía falta. Lebel estaba tan asustado que no podía ni moverse. Se quedó mirando aterrado a Siete, el causante o director de aquella violenta escaramuza. Bien cierto era que de no haber sido por Siete todos ellos habrían muerto dentro del coche. Pero su jugada había resultado eficaz: el propio Siete había conducido el coche, solo, hasta donde le pareció el lugar indicado para el ataque, pero había saltado antes, dejando el coche vacío, siguiendo el impulso conseguido y dejando la palanca de cambios en punto muerto...

Si no les hubieran tendido ninguna emboscada, el coche, simplemente, habría acabado por detenerse pronto. Pero Siete había tenido razón en todo. En todo.

—Vaya a echarle un vistazo al hombre que le indicará mi compañero —dijo Siete—, y vea si lo reconoce. Y de prisa, pues tenemos que marchamos de aquí a pie y a la mayor brevedad. ¿Estás bien, Sharon?

—Sí... Sí, sí.

La muchacha se puso en pie. En alguna parte se oían voces, y alrededor brillaban varios puntos de luz, procedentes de los chalés vecinos de la urbanización. Muy distante, llegó el zumbido del motor de un automóvil, y casi enseguida otro.

Lebel llegó acompañado por los hombres de la C.I.A., uno de los cuales cojeaba, y el otro tenía un lado de la cara completamente bañado en sangre.

—Nunca le había visto —murmuró Lebel—. Vámonos —susurró Siete.

* * *

El último invitado se marchó, despedido en la puerta de la casa por Fernand Magritte, que suspiró, dio unas instrucciones a sus criados, y se dispuso a regresar al salón, donde se tomaría a solas

una copa. Se la había ganado, ciertamente. No solía beber apenas mientras tenía invitados, ni en cualquier otra circunstancia en la que la bebida pudiera enturbiar un mínimo su lucidez. Tomaba un sorbito de cuando en cuando, pero eso era todo.

Ahora sí. A solas, podría...

La llamada a la recién cerrada puerta de la casa le hizo volverse, a punto de entrar en el salón. Uno de los criados abrió, mientras Magritte componía una sonrisa de cortesía.

Seguramente algún invitado había olvidado algo.

Pero no. La mujer que apareció en la puerta no era ninguna de las que hasta entonces había tenido en su casa. El criado la estaba interpelando, pero ella le señaló a él, y llamó:

—¿Señor Magritte, tengo que hablarle!

Magritte regresó sobre sus pasos, entre inquieto e intrigado. No, no conocía a la mujer. Alta, muy bonita, rubia... Era preciosa. Vestía bien, pero quizá su bolso, demasiado grande, no hacía juego con el vestido.

—¿Me conoce usted? —preguntó amablemente Magritte—. ¿Puedo servirla en algo?

—Tenemos que hablar a solas —dijo ella—. Me envía un amigo de ambos.

—Ah... ¿Qué amigo?

La visitante no despegó los labios, y Magritte comprendió. Señaló hacia el salón, y fueron los dos hacia allá. Magritte cerró la doble puerta, y se quedó mirando fijamente a la muchacha.

—¿Qué amigo? —insistió.

—No puedo mencionar nombres, señor Magritte. Simplemente, le traigo la mala noticia de que no hemos podido matar a André Lebel: se lo han llevado los americanos.

Magritte quedó como quien no ha entendido.

—Perdone —murmuró—. ¿De qué me está usted hablando? Pero ante todo, ¿quién es usted?

—Le diré mi nombre, si eso ha de servir para que me entienda bien: me llamo Tatiana Keverovna.

Magritte se pasó la lengua por los labios.

—¿Es usted rusa? —Se le oyó apenas.

—Desde luego.

—Bien... No comprendo lo que...

—Cuanto más tiempo perdamos, peor, señor Magritte. André Lebel está en poder de los americanos, ya se lo he dicho. Nos lo quitaron de las manos limpiamente. Así que usted debe desaparecer.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Escuche, yo no sé, personalmente, qué podrían decirse usted y Lebel, pero sé que Lebel sabe algunas cosas de nuestro grupo. Si los americanos nos van cazando tarde o temprano sabrán algo de usted, y si se queda aquí lo va a pasar muy mal,

—Espere un momento... ¿Debo entender que usted está diciendo que yo soy amigo de ustedes, de los rusos?

—¿No lo es? —expresaron desconcierto y hasta alarma los ojos de la hermosa rubia.

—No creo ni una sola palabra de lo que usted está diciendo. Es más, ni siquiera la entiendo bien.

—De acuerdo —dijo fríamente Tatiana Keverovna, metiendo la mano en el bolso—. A mí se me ha ordenado que lo retire de la circulación, señor Magritte, a fin de evitar el riesgo de que caiga en manos de los americanos. De modo que va usted a venir conmigo... o tendré que matarle. Entiéndalo bien: se trata de ocultarlo, por el momento. Si en breve comprendemos que los americanos no saben nada de usted, volverá aquí. Pero si llegan a saber algo, es mejor que usted no esté a su alcance.

—¿Piensan impedir eso matándome? —Palideció Magritte.

—No. Si los americanos llegan a saber algo lo enviaremos lejos de aquí. No podemos permitir que lo capturen.

—Y si no acepto ir con usted, va a disparar.

La bella rusa sonrió, siempre con la mano dentro del bolso.

—Espero que no me obligue a ello.

—Usted, o todos ustedes, los rusos, están cometiendo una equivocación, o no sé qué demonios pretenden con todo esto, ya que no tengo nada que ver con ustedes. Pero está bien, iré con usted, prefiero eso a que me mate.

—Es una lógica decisión. Vamos a salir los dos juntos, subiremos a su coche, usted conducirá y nos dirigiremos hacia donde le indicaré. ¿Conforme?

—¿Acaso puedo decir que no?

Pocos segundos más tarde, los dos salían de la casa. Los criados los miraron con cierta expectación, pero Magritte se mostró tajante:

tenía que ir a resolver un asunto, eso era todo. El mismo conduciría el coche grande.

Pero cuando estuvieron en el garaje, Tatiana se negó a ello.

—El grande, no —dijo—. Llamáramos demasiado la atención. Iremos en el otro, señor Magritte.

Éste ni siquiera replicó. Se sentó ante el volante, esperó a que la muchacha hiciera lo mismo, y puso el motor en marcha. Salieron del garaje, y al poco circulaban ya por la avenida Bertier.

—¿Adónde vamos? —preguntó Magritte.

—Salga de la ciudad, hacia el Norte. Luego le diré exactamente adónde vamos.

Fernand Magritte asintió. Condujo en silencio. Era ya muy tarde, no se veía prácticamente a nadie, y ya ni siquiera había vehículos Salieron de la ciudad. El silencio entre los dos ocupantes del coche se estaba prolongando demasiado. Magritte necesitaba instrucciones.

—¿Hacia dónde debo ir? —Gruñó.

Tatiana Keverovna sacó la mano de dentro del bolso, y señaló hacia delante.

—Siga por...

Su voz se convirtió en un grito de sobresalto cuando la mano derecha de Magritte, soltando el volante, le arrebató el bolso, mientras la izquierda hacía girar el volante hacia la derecha, y enseguida metía el pie en el freno. El coche se detuvo en seco en el arcén, haciendo saltar hacia delante a Tatiana, que se golpeó con la frente en el parabrisas y quedó de nuevo sentada, conmocionada. Pese a esto, se dio cuenta de que Magritte estaba buscando la pistola en el bolso, y, gritando, se abalanzó contra él... El puño izquierdo de Fernand Magritte le golpeó brutalmente sobre el seno derecho, arrancándole un grito de dolor y lanzándola contra la portezuela.

Cuando Tatiana se repuso medianamente del cruel golpe, Magritte ya la estaba apuntando con la pistola provista de silenciador. La muchacha miró el arma con los ojos muy abiertos, y luego al hombre, que jadeó:

—Maldita perra asesina... ¿Crees que soy tonto? ¡Me llevabas a un sitio donde poder matarme, eso es todo!

—No... No, no. ¡Mis instrucciones eran...!

—¡Cállate! —Magritte estaba lívido, y temblaba violentamente—. ¡No me vengas con más cuentos! ¿Es así como pagáis a los que han querido ayudaros en vuestros planes? ¡Claro que querías matarme, igual que habéis hecho con Lebel! ¡Malditos seáis...! ¡Me lo estoy jugando todo por vosotros y ahora me salís con ésas! Tenías que matarme, ¿no es cierto? ¡Contesta!

—No... De verdad que no, sólo tenía que llevarlo a...

La bofetada con la zurda chascó fuertemente en la mejilla de Tatiana, empujándola de nuevo contra la ventanilla. Al rebote, se encontró con el silenciador hundido entre los senos.

—¡No tienes por qué seguir mintiendo, perra rusa! —aulló Magritte—. ¡Sé muy bien que ibas a matarme, para que los americanos nunca pudieran capturarme y obligarme a decir todo lo que sé sobre vuestros planes!

—¡Se... se equivoca, señor Magritte...! ¡Se equivoca! Mire, además, yo ni siquiera... ni siquiera sé a qué planes se refiere, sólo tenía que llevarlo con mis compañeros...

—Olvídalo ¡No vas a llevarme a ningún sitio! ¡Ya me las arreglaré yo sólo para escapar! O quizá me decida a ir con los americanos a contárselo todo... ¿Qué te parecería esto? ¿Eh? ¿Qué te parecería? Podría ir a ver a los americanos y decirles que puedo explicarles los planes rusos a cambio de mi vida y una situación que compense la que voy a perder aquí. ¿Qué te parece?

—Usted... no podría explicarles a los americanos nada tan... tan importante como para que ellos le aceptasen con esas condiciones...

—Ah, ¿no? ¡Debe ser cierto que no conoces vuestros planes para el futuro a largo plazo! ¿Quieres que te los explique? ¿Quieres saber en qué montón de mierda me iba a meter por vosotros? Pues te lo voy a decir, perra... Me iba a convertir en el presidente de Haití ayudado por los americanos, les iba a dar toda clase de facilidades para que ellos instalasen aquí unas bases de proyectiles nucleares, y cuando más satisfechos y tranquilos estuviesen, habría ayudado a los rusos a apoderarse de esas bases, para que desde allí lanzasen los proyectiles sobre los propios Estados Unidos si en determinado momento la situación así lo requería. ¿Te das cuenta, perra? ¡Iba a poner en vuestras manos toda una base de proyectiles nucleares norteamericanos si llegaba un enfrentamiento tanto tiempo temido! ¡Los propios yanquis habrían traído aquí, a disposición vuestra,

GRACIAS A MI, gran cantidad de armamento nuclear... que habría sido disparado contra ellos mismos! ¡Y todo gracias a mí! ¡A mí!

—Yo... yo no sabía... Señor Magritte, yo no tenía que matarlo, se lo juro...

—¡Ya basta de tonterías! Lo iba a dar todo por vosotros, y ahora... ahora, porque aparece un mínimo de peligro, queráis eliminarme... Pues bien, yo voy a ser quien va a matarte a ti, y luego... ¿Te gustaría que les fuese con el cuento a los yanquis? ¿O quizá que les explicase a los chinos este nuevo invento vuestro que quizá algún día pongáis en marcha en otro país..., un país cercano a China, por ejemplo...? Un país amigo, claro... ¿Te gustaría?

—Es usted un cerdo —jadeó Tatiana—. ¡Oh, Dios mío, es usted un cerdo, un criminal, un maldito criminal...!

Fernand Magritte lanzó una exclamación de rabia, y apretó el gatillo de la pistola.

No sucedió nada.

Tatiana Keverovna debió gritar, debió saltar una vez más hacia la portezuela, ahora empujada por una bala, pero esto no sucedió.

No sucedió absolutamente nada..., y Fernand Magritte, todavía sin comprender, volvió a apretar el gatillo. No sucedió nada. Ni sucedió la siguiente vez, ni la siguiente, ni la siguiente...

—No se moleste más, Magritte —dijo una voz tras él—,

Bien está poner una flor como carnada, pero no arriesgarla hasta el extremo de facilitarle a usted un arma cargada.

Magritte había vuelto la cabeza, y miraba ahora con expresión desorbitada al estafalario sujeto tocado con una gorra de lona que le apuntaba con una pistola. Todavía tardó unos segundos en comprender la trampa, todavía se resistió subconscientemente a aceptar la realidad de que si él tenía aquella pistola en la mano era porque así había sido preparado, para que él pasara a controlar la situación y se explotara, cosa que había hecho..., respaldado por una pistola sin balas.

La comprensión llegó de golpe Magritte sacudió la cabeza.

—Tómeselo con calma —dijo Siete—. Devuélvale la pistola a la señorita Varney y vuelva a tomar el volante. Esta vez, sí, le vamos a llevar a un sitio. Obedezca, Magritte.

Éste parpadeó. De pronto, estaba increíblemente sereno. Estuvo unos segundos mirando fijamente a Siete. Luego, desvió la mirada

hacia la falsa rusa. No podía atacar a Siete con un mínimo de garantías de obtener resultados favorables, pues éste sólo tenía que echarse hacia atrás en el asiento a cuyo pie había viajado escondido, acurrucado. Es decir, que podría controlarlo, llevarlo a Estados Unidos, donde sería convertido en un pingajo humano...

—¡NNNOOOOO...! —aulló, alzando la pistola dispuesto a partirle la cabeza con ella a Sharon Varney.

Plop, chascó el arma que empuñaba Siete, es decir, Gordon Kerringer.

La bala acertó a Fernand Magritte en la sien derecha, pareció que fuese a arrancarle la cabeza, y todo lo que consiguió fue empujarlo hacia el parabrisas, lanzando un surtidor de sangre que salpicó todo el interior del coche. Luego, Magritte se arrugó, pareció deshincharse en el asiento.

Sharon Varney estuvo mirándole unos segundos, aterrada. Por fin, su mirada se desvió hacia Gordon Kerringer, que sonrió con una fea mueca, y tendió un pañuelo a la muchacha.

—Será mejor que te limpies la cara: la tienes llena de sangre, jovencita.

ESTE ES EL FINAL

A decir verdad, Sharon Varney estaba más que furiosa. Estaba furiosísima.

La habían enviado inmediatamente de regreso a Washington tras cumplir su cometido como cebo, y, ciertamente, la habían felicitado. Había hecho muy bien su parte, con lo que quedaba demostrado que en el futuro se podría contar con ella para misiones individuales de más envergadura.

Hasta aquí, bien. Es más: estupendo. Se sentía satisfecha. Pero estaba furiosísima con Gordon Kerringer, que no sólo se había quedado unos días más en Haití terminando allá el inquietante asunto, buscando cómplices de Magritte para secundar los planes rusos, sino que incluso la había citado precisamente para aquel día y aquella hora en aquel hotel de Miami Beach..., ¡y no se había presentado! ¡El muy...! ¡Qué se había creído! Primero le envía un mensaje diciéndole que lo espere allí, que por fin podrá verlo tal como es y... ¡Bueno, que se fuese al demonio!

En este estado de ánimo, Sharon Varney abandonó la playa, y subió a Su habitación del hotel. Sabía lo que tenía que hacer: recoger sus cosas y marcharse. ¿Qué se había creído aquel estúpido? Se daría un baño, pediría la cuenta, y se marcharía. ¡Al demonio el engreído Kerringer!

Se quitó el albornoz, acto seguido el bikini, y abrió los grifos de la bañera. Agua tibia sería suficiente. Y pocos minutos más tarde se convencía de lo acertado de su elección: se estaba de maravilla en la bañera, con agua templada, relajando los...

La puerta del cuarto de baño se abrió, y Sharon miró sobresaltada hacia allí. Se quedó atónita al ver al desconocido que entró tranquilamente, silbando, como si ella no estuviera allí, se

quitó el albornoz, luego el traje de baño, y se volvió hacia la bañera, siempre silbando. El pasmo que apareció en el rostro del desconocido fue tremendo.

—¡Atiza! —exclamó el tipo—.

Pe-pero...

¿qué hace usted aquí? ¿Quién es usted?

Sharon Varney había salido ya de su pasmo. Miró con los párpados entornados al sujeto en cuestión, y todo cuanto vio la complació sobremanera. Era todo un tipazo. No demasiado alto, no de esos atletas que parecen deformes de tanto músculo... Nada de eso. Ni alto ni bajo, ni guapo ni f... ¿Cómo que no era guapo, cómo que no era guapo?

—Pero... ¡pe-pero oiga, señorita...! —protestó el desconocido.

—Oye, Kerringer —dijo suavemente Sharon—, deja de hacer el tonto, ¿quieres? Estamos solos, y tienes una hermosa flor en una bañera, así que déjate de tonterías. ¿Te bañas o no te bañas conmigo?

Gordon Kerringer guiñó un ojo.

—Para empezar, nos bañaremos juntos —asintió—. ¡Cualquiera deja de morder semejante carnada...!

FIN

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROSTAR DE NUEVO. LA CALVICIE SUPERADA.

EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARNSALL, RENOMBRADO
BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del capello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad caían como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebacea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidos hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones

de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días ya apreciábamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

(Continúa en la página siguiente)



Antes del tratamiento

Al finalizar el primer mes

Finalizado el tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada."

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios."

"Y por último les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar como masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratando su precio para que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad."

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marshall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimu-

la activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realizar la belleza.

Aplique usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

¡NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas. Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas.

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº 536, Santander (España)

Nombre

Apellidos

Calle

Población

Provincia

Nº

Piso

D. Postal



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...